



Universidad Tecnológica de Pereira

FACULTAD DE EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA

UNA APROXIMACIÓN LITERARIA DESDE LA FICCIÓN Y LA NO FICCIÓN

A LA OBRA *EL OLVIDO QUE SEREMOS*

DEL AUTOR HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

CARMEN ISOLINA PINZÓN FRANCO

BIBIANA MARCELA MARÍN GARCÍA

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA

LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA

FACULTAD DE EDUCACIÓN

PEREIRA

2016

UNA APROXIMACIÓN LITERARIA DESDE LA FICCIÓN Y LA NO FICCIÓN

A LA OBRA *EL OLVIDO QUE SEREMOS*

DEL AUTOR HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

CARMEN ISOLINA PINZÓN FRANCO

BIBIANA MARCELA MARÍN GARCÍA

Trabajo de grado para optar al título de Licenciado en Español y literatura

Director

RIGOBERTO GIL MONTOYA

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA

LICENCIATURA EN ESPAÑOL Y LITERATURA

FACULTAD DE EDUCACIÓN

PEREIRA

2015

Nota de aceptación

Jurado

Pereira
Diciembre 2015

DEDICATORIA

Este trabajo está dedicado especialmente a nuestros hijos Sofía y Andrés Felipe por el tiempo que les fue negado, por perdernos de tantos momentos maravillosos a su lado en busca de la realización de nuestros sueños.

A todos aquellos que soportaron nuestra presencia y a quienes nos extrañaron en la ausencia.

AGRADECIMIENTOS

Primero que todo a Dios por permitirnos terminar con éxito este proyecto.

A nuestra familia, esposos, hijos, padres, hermanos y sobrinos por su comprensión ya que su apoyo fue el aliciente para seguir adelante cuando todo se derrumbaba.

A la universidad Tecnológica de Pereira por la oportunidad ofrecida para ingresar a la educación superior y permitirnos escalar un peldaño más en el camino.

A nuestros maestros por todas y cada una de sus enseñanzas, especialmente a nuestro asesor de trabajo de grado Rigoberto Gil Montoya por su apoyo, colaboración y confianza.

A los maestros Luz Marina Henao, William Marín, Rodrigo Arguello, Arbey Atehortua, Leandro Arbey Giraldo, Enrique Tabares, Diego Leandro Marín, Julián Giraldo y todos aquellos que dejaron huella en este proceso, que nos regalarnos un poco de su experiencia y nos acogieron en este proceso formándonos con bases firmes para un buen desarrollo de la docencia.

A nuestros compañeros por todos los momentos compartidos, por la amistad brindada y los recuerdos inolvidables de esta etapa.

A todos aquellos que pusieron un granito de arena en la realización de este proyecto.

TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN.....	7
INTRODUCCIÓN.....	2
CAPÍTULO I	
APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE FICCIÓN Y NO FICCIÓN.....	5
CAPÍTULO II	
CONTEXTUALIZACIÓN DE UNA ÉPOCA(DÉCADA DE LOS 80 EN COLOMBIA).....	17
CAPÍTULO III	
SOBRE LA MUERTE Y EL OLVIDO.....	33
CAPITULO IV	
LOS FRUTOS DEL NUEVO PERIODISMO	46
ANEXO	
CAPÍTULO PEDAGÓGICO	57
CONCLUSIONES.....	60
BIBLIOGRAFÍA.....	63
REFERENCIAS DE PERIÓDICOS Y REVISTAS	64
WEBGRAFIA.....	65

RESUMEN

En este trabajo queremos rastrear los elementos de ficción y no ficción que giran en torno a la obra *El olvido que seremos* del autor Héctor Abad Faciolince, puesto que en ella se entremezclan aspectos de veracidad e imaginación que se consiguen gracias a la incursión del Nuevo Periodismo en la Literatura colombiana mediante una “hibridación” de la realidad y la ficción.

Para ello es necesario escudriñar aspectos relevantes de la época, marcas históricas de una realidad sangrienta evidenciada en los años ochenta que deja a Héctor Abad Gómez como uno de los muchos muertos a causa de la violencia y la corrupción en medio de una lucha constante entre guerrilla, Estado y narcotráfico por obtener el poder.

De igual forma resalta la forma narrativa del escritor y su estilo literario que le permite inspirarse y plasmar este acto de dolor gracias al uso del lenguaje contrastando el concepto de muerte en diferentes perspectivas, como el final de una enfermedad, representada en el fallecimiento de su hermana a causa de un cáncer de piel y la diferencia con el deceso de su padre a manos de la delincuencia. Así mismo plasma detalles de la reciprocidad del amor paternal, referencia datos importantes no solo de su familia, sino de la cultura antioqueña.

También se hace un esbozo sobre las características de memoria, testimonio y autobiografía implícitas en la obra mostrando las opiniones que diferentes escritores han dado respecto al libro.

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo monográfico se intenta hacer una aproximación literaria al libro *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince mediante las bases que ofrece el movimiento del Nuevo Periodismo, como resultado de la afinidad entre Periodismo y Literatura en donde la realidad permite ser plasmada mediante el uso estilístico del lenguaje, entendiendo que entre ellos no hay una línea divisora si se incursiona en el campo de la autobiografía, el testimonio o la memoria y que por el contrario sucumbe una hibridación de la ficción y la no ficción.

Para ello se hace un rastreo de los elementos de ficción y no ficción en la obra, teniendo en cuenta que en la literatura contemporánea estos conceptos se complementan, se afianzan y no existe una línea divisora que permita clasificarlos ni separarlos. Tomando como referente *El concepto de ficción* de Juan José Saer contrastado con los que expone Tomás Eloy Martínez en el texto “Entre la realidad y la ficción” y su conferencia sobre “Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI” se ahonda en la relación que existe entre el Periodismo y la Literatura, cerrando la brecha que anteriormente existía y permitiendo que los términos que eran imposibles de fusionar hoy se combinen y entremezclen en este género literario. Los aportes de Norman Sims en *Los periodistas literarios* y Tom Wolfe en *El nuevo periodismo* caracterizan al periodista en la labor de narrar realidades, asumiendo un estilo propio literario que no se aleja ni desmiente sino que afianza la verdad.

Durante este proceso se hace una lectura minuciosa de la obra *El olvido que seremos*, en la cual se nota claramente las dos categorías conceptuales de ficción y no ficción. En este se narra los pormenores de la vida del escritor Abad Faciolince, que creció en un matriarcado, con una familia contradictoria en sus ideologías políticas, religiosas y culturas, pero direccionados por el amor, ante todo entre los dos hombres de la casa. Así se refracta en la cultura antioqueña las huellas de un período impío para Colombia. Por ello, se realiza una contextualización de la época de los años ochenta que fue azotada por guerra, corrupción y narcotráfico. En 1987 Héctor Abad Gómez, su padre, es asesinado por paramilitares en una ola de terrorismo inclemente que acabó con la vida de personas inocentes y de grandes

activistas sociales. Estos hechos de violencia son representación de la realidad vivida en esa época, del derramamiento de sangre que afectó a la familia Abad Faciolince, a Medellín y en general a todo el país.

Para ello contamos con información suministrada por periodistas del periódico *El Tiempo* y la revista *Semana*, además de los análisis y perspectivas de varios sociólogos e historiadores como Alonso Salazar, Ana María Jaramillo, Carlos Guillén, Marco Palacios, Jorge Orlando Melo y Javier Ocampo López. Así mismo afianzamos estos conceptos de violencia con el libro *Mi confesión: Carlos Castaño revela sus secretos* del periodista Mauricio Aranguren, en donde plasma las declaraciones recibidas del paramilitar sobre sus aliados y enemigos, sobre la forma cómo planeaban los atentados y de qué manera financiaban tanta corrupción.

Por otra parte permite evidenciar el estilo literario y la forma narrativa del escritor y periodista Abad Faciolince al conseguir plasmar los momentos más felices e inolvidables y los más fuertes y crueles de su existencia. Gracias al uso estilístico del lenguaje le es permitido narrar las caricias, vivencias, anhelos y recuerdos de niño, en la misma forma que le concede el don mágico de adornar las lágrimas para conceptualizar la parca sin importar el camino por el cual llegue, una por la muerte natural de su hermana Martha y otra por la muerte violenta de su padre.

En las obras autobiográficas, de testimonio o de memorias es necesario que el autor haga uso de estos artificios para narrar la historia. De esta manera la obra toma un valor agregado cultivado en el Periodismo Literario en el que no permite que se vea como un reportaje noticioso ni como una novela nada más, se trata es de relatar acontecimientos reales e importantes pertinentes de ser contados para que permanezcan en la historia o en la memoria colectiva de un país.

Se realizó un proceso de pesquisa en el que se busca reconocer el enfoque que puedan tener los dos conceptos que se proponen en este trabajo, así nuestra mirada no solo se dirige a los aspectos de ficción en una novela, sino que hay un interés particular en hallar esa hibridación tan común hoy día en La literatura contemporánea de no ficción. Para ello

ponemos como mesoestructura la realidad y el lenguaje en el punto de fusión de la ficción y la no ficción, la cual nos permite por un lado dibujar la vida cotidiana de los seres humanos, transcribir los hechos y acontecimientos que marcan la historia de una sociedad y por otro recrear con palabras la realidad mediante un lenguaje estilístico, haciendo uso de la creatividad e imaginación. Como fuente primaria tenemos el corpus del libro *El olvido que seremos*, el cual husmeamos para ver más allá de lo que está a simple vista, para encontrar lo implícito en ese jardín de palabras, tratando de encontrar hipótesis y conjeturas que den solución a nuestro interrogante ¿Se podrían rastrear los elementos de ficción y no ficción en la obra de Héctor Abad Faciolince, *El olvido que seremos*?

Es por esto que indagamos en páginas académicas de internet el estado del arte a nivel mundial sobre los términos de ficción y no ficción en la Literatura en los últimos 10 años, encontrando varios escritos sobre el contenido requerido, ya sea desde artículos documentales, investigaciones y trabajos de grado que muestran diferentes perspectivas y formas de conceptualizar el tema, ya que ha sido abordado en el ámbito internacional y nacional para análisis literarios y otros campos de acción del Arte como cine, teatro y pintura.

Este trabajo de grado es importante porque busca encontrar el camino de la ficción en una obra de no ficción que refracta la realidad. Así mismo, intenta determinar a qué forma narrativa pertenece la obra, si corresponde al género de novela, autobiografía, memoria o testimonio, lo cual es significativo en la carrera de Licenciatura en Español y Literatura.

CAPÍTULO I

APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE FICCIÓN Y NO FICCIÓN

Siempre me intrigaron los límites,
el borde, la penumbra que hay
entre la realidad y la imaginación.

Tomas Eloy Martínez

Los conceptos de ficción y no ficción son tan difíciles de desligar porque se complementan, encuentran y entrelazan en determinados puntos de la narración, aunque cada uno tenga características específicas y rumbos trazados por la misma literatura. Juan José Saer en su texto *El concepto de ficción*, genera una perspectiva de incertidumbre en cuanto a verdad y falsedad, realidad e imaginación, ficción y no ficción, mostrando que, estos no son necesariamente opuestos que se excluyen, sino que son conceptos problemáticos que se nutren, para tratar de explicar la vida, la complejidad existencial y las diferencias de las relaciones sociales subyacentes en los seres humanos.

Para conceptualizar la no ficción nos introducimos en el campo de la realidad, destacando como principal componente la verdad tal y como lo hace Saer. No obstante, en el proceso de escritura es necesario atender a la forma en la cual la verdad sea dicha, en la medida en que si se utilizan las palabras con un tono objetivo que refleja decoro, prudencia y seriedad, se observa que estas tienen tanto poder que puede apaciguar las tormentas o incrementar la gravedad de los acontecimientos, cambiando el curso de la historia, si no son empleadas con tacto y mesura. Lo que al tiempo, cede el paso a la subjetividad, en el esfuerzo por descifrar la realidad oculta en las entrañas de la historia, la cual se trata de interpretar y dar sentido en cada palabra expresada por la fuente.

Es preciso tener en cuenta que en el caso de la no ficción vamos a tomar como referente algunas formas narrativas que parten de la incursión de La Literatura en El Periodismo como lo son la biografía, el testimonio y la memoria, de las cuales se profundizará en el cuarto

capítulo, donde se dará relevancia al movimiento Literario de Truman Capote que inició en Norte América y se extendió a nivel mundial. Puesto que el objetivo es conceptualizar la no ficción es necesario caracterizar algunos detalles importantes en el presente capítulo. Por ejemplo, si se trata de una biografía Saer expresa que el objetivo de este tipo de escrito es entrar en el mundo del protagonista, desnudar el alma y el espíritu de este ser humano que será su principal personaje: “[...] el biógrafo sin haberse propuesto va entrando en el aura del biografiado, asumiendo sus puntos de vista y confundiéndose paulatinamente con su subjetividad” (1999:9-10)

Si es un testimonio o cualquier otro tipo de escrito, el autor se encarga de recolectar la información necesaria y confiable, que sea útil y pertinente para armar el rompecabezas de su historia. Debido a que la exclusión de los rastros ficticios no garantiza la veracidad de los hechos, se le da un valor especial a las fuentes, porque la honestidad de un informante no puede ser puesta en duda ni en entredicho. Se debe conservar un criterio interpretativo y una construcción verbal que no tergiverse la información, sino que soporte y afiance determinada idea y criterio de verdad unívocas en el testimonio.

En la narración de los hechos, se mantiene la objetividad cuando estos son narrados con rigurosidad y exactitud para generar credibilidad en los lectores, permitiéndoles que los datos suministrados sean comprobables y verificables como en el caso de las anécdotas.

En los acontecimientos secundarios, se va perdiendo dicha objetividad de la realidad y se abre trecho a la subjetividad, comprobando que la verdad es solo una fantasía moral y que la ficción no es una mentira, ni una reivindicación de la falsedad, ni mucho menos una tergiversación de la verdad, sino que puede ser entendida y expresada, como lo dice Juan José Saer en “[...] una antropología especulativa” (1999:16), la cual abre un camino más amplio a la narración, para dar cabida a los hechos inverificables, no estadísticos ni comprobables, generando una multitud de posibilidades creativas e imaginativas en la extensión y construcción del contenido, que no es permitido bajo el influjo y carácter exigente que trae consigo el concepto de verdad. “Entendida así, la ficción sería capaz no de ignorarlos, sino de

asimilarlos, incorporándolos a su propia esencia y despojándolos de sus pretensiones de absoluto” (Saer, 1999:17), tal como se observa en el texto *El concepto de ficción*.

Es de esta forma como la ficción tiene el poder de moldear, prefigurar y pulir por medio del lenguaje la realidad, actuando como un artificio, con el cual, se trata la no ficción de una manera más rica, más estilizada, proporcionando esa chispa de entretenimiento, humor, sabor, olor, estilo, creatividad y esencia, sin olvidarse de la sensibilidad que debe causar en el lector; para que, al momento de construir y formular un gran relato, lo aleje de ese carácter lineal y plano, característico del periodismo y del reportaje, en el cual se cuenta una cruda verdad o el estigma de la realidad de forma seca y parca. Ella se encarga de edificar la realidad, además tiene el poder de adornarla y embellecerla con todos los ornamentos necesarios para ser apetecida y admirada por el lector.

Por eso, no podemos ignorar que en las grandes ficciones de nuestro tiempo, y quizás de todos los tiempos, está presente ese entrecruzamiento crítico entre verdad y falsedad, esa tensión íntima y decisiva, no exenta ni de comicidad, ni de gravedad, como el orden central de todos ellos, a veces en tanto que tema explícito y a veces como fundamentos implícitos a su estructura. El fin de la ficción no es expedirse en ese conflicto sino hacer de él su materia, modelándola a su manera (Saer, 1999:16).

Siguiendo entonces al autor argentino, podemos afirmar que la ficción no se basa exclusivamente en el imaginario como reivindicación de lo falso, sino que sirve para acentuar el sabor de la verdad. Este se debe a que permite mezclar datos reales y comprobables, con otros inmateriales y fingidos, como lo muestra en la siguiente cita: “La paradoja propia de la ficción reside en que si recurre a lo falso, lo hace para aumentar su credibilidad” (Saer, 1999:12), mediante el tratamiento y uso dado por el lenguaje, generando que ésta sea más atractiva, que cautive al lector y lo introduzca por completo en ella, que lo atrape y encadene hasta el punto de poder hacer de la realidad una ficción y de lo ficticio una realidad.

El lector siente necesidad de desenmascarar la narración para entender dónde inicia la verdad de una historia y cómo termina, a su vez que ansiedad de revelar la realidad e incertidumbre de saber dónde se entretreje precisamente ésta con los aspectos subjetivos del escritor. Al tiempo, el escritor se introduce en el fondo de la narración para hacer una obra maestra de la interpretación, intentando no perder la esencia ni los más mínimos detalles que dan estatus y credibilidad a su obra. Sin embargo, como lo menciona Tomás Eloy Martínez en su documento “Entre la realidad y la ficción” “La realidad es siempre insatisfactoria, y en el orden de los sueños o de los deseos cabe todo” (Revista *Número*, ed.35, 2003:14).

Es dentro de la ficción donde se puede plasmar la realidad. De allí que se pueda decir de alguna manera, que las ficciones son una especie de maquillaje, un artificio utilizado para enmascarar nuestras propias vidas o nuestros sueños: “En las ficciones somos lo que hemos soñado y lo que hemos vivido y a veces somos también lo que no nos hemos atrevido a soñar y no nos hemos atrevido a vivir” (Martínez, 2003:14). Gracias a ésta, nos es permitido realizar nuestros ideales o rebelarnos contra ellos, exigirnos o estimularnos frente a un acto no aceptado. Así mismo, permite construirnos y reconstruirnos las veces que deseamos, hasta llegar a ser lo que idealizamos, lo que nos es prohibido o sesgado por la realidad, pero que cabe, es permitido y avalado dentro del inmenso campo de la imaginación. Por lo tanto, cada uno reinventa la historia tantas veces como desee hasta lograr que esa creación sea tan buena, como para convencernos a nosotros mismos, igualmente, para que pueda llegar a ser leída, sentida y aceptada por otros.

Parece curioso asimilarlos pero es relevante en este tema, se podría decir que la Literatura tuvo su origen con la imaginación, con la creación y la ficción, mientras que el Periodismo siempre estuvo enfocado en la descripción de la realidad, de los acontecimientos y hechos que fuesen noticia y que estuviesen sujetos a los parámetros exigentes de verdad y no ficción. En la Literatura contemporánea se está produciendo un cruce de caminos en el que esta parece encaminarse hacia la no ficción para narrar los hechos, los datos, las fechas, las crisis sociales, políticas, culturales, morales o individuales que atraviesan los seres humanos en su convivencia y existencia, esto, sin olvidarse de su enfoque principal, artístico y estilístico que

está dentro de la sangre de cada escritor, para lograr cautivar al lector con su lenguaje, con su chispa de ficción.

Así mismo, el Periodismo se ha inmiscuido en el campo de la Literatura para permearse de su estilo, de su sabor y de sus cualidades; para contrarrestar la crueldad y dureza de la noticia, el sufrimiento del testimonio y la tristeza en el relato.

Esta línea difusa que surge entre Literatura y Periodismo, con el devenir de los tiempos se ha hecho más clara, tenue y convergente, hasta conseguir que dos palabras o dos profesiones se retroalimenten y perfeccionen simultáneamente, una se permea de los elementos de la otra y ambas se nutren del lenguaje, haciendo uso de éste de manera significativa. En la Literatura brota poesía, imaginación y narración, mientras que el Periodismo no pierde su base de vivencias, experiencias y cotidianidad que sustentan la verdad, adquiriendo el lenguaje para plasmar una pasión investigadora y verídica.

La autenticidad de los hechos, es lo que produce en el Periodismo una objetividad innegable de contar la verdad con datos verificables y comprobables, generando credibilidad y confiabilidad de la fuente, gracias a la forma de usar el lenguaje como medio para transmitir e interpretar la realidad.

No sucede lo mismo con la ficción, puesto que no permite comprobar los hechos, acontecimientos históricos o naturales, en donde se pretende cultivar ese camino inacabable de la imaginación; sino que actúa como una multiplicación de infinitas posibilidades, con las que cuenta el hombre para recrear su mundo, como se observa en la siguiente cita: “No vuelven la espalda a una supuesta realidad objetiva: muy por el contrario, se sumerge en su turbulencia, desdeñando la actitud ingenua que consiste en pretender saber de antemano cómo esa realidad está hecha” (Saer, 1999:12); aunque a veces, lo que los escritores de ficción pretenden al tergiversar información desmesuradamente, como el caso de distorsionar fechas, confundir datos, etc, no lo hacen para engañar al lector, ni para reivindicar el carácter o concepto establecido, sino para señalar la doble función de la ficción.

El periodismo tiene la ardua labor de contar los sucesos de la vida cotidiana, de describir cada hecho importante del diario vivir, pero la dificultad radica en la forma de narrar, del tipo de lenguaje que debe utilizar para lograr su objetivo de sumergir al lector, sensibilizar y cautivar la atención de estos que ya han visto o escuchado la noticia detalladamente por otros medios audiovisuales en el transcurso del día. El periodista debe tener cautela, precisión y exactitud, en la medida en que dentro de sus lectores también se encuentran quienes han vivido la noticia en cuerpo y alma, los cuales buscan apoyo y exaltación ante su triunfo, o consuelo y fortaleza por el suceso ocurrido.

La narración ha sido trabajada fielmente por los novelistas, gracias a un arma o herramienta tan eficaz como es el lenguaje, con el cual, pudieron contar de manera coherente y amena sus historias. Por lo tanto, el periodismo no tuvo otro remedio que hacer uso de este arte. Narrar, es la manera más pertinente de acercarse al espectador, quien se acerca a los periódicos para corroborar si lo que leyó, fue lo mismo que escuchó y vio como receptor de radio o televisión, o como el propio protagonista del suceso.

El lector recurre a un periódico en particular, al de su preferencia, esperando encontrar objetividad, veracidad y compromiso serio por parte de los periodistas, quienes ofrecen su experiencia, para entregar una noticia con las características especiales y estructurales de la realidad sin maquillarla, sin omitir los detalles importantes, los testigos relevantes y sin caer en los excesos o amarillismos para llamar la atención del espectador. Es importante tener en cuenta que, el periodista narra la historia a partir de la propia realidad, desde lo que ve, escucha y siente; éste se inmiscuye con los actores o protagonistas de la noticia, con quienes vivieron los hechos, porque son sumamente importantes y relevantes, para luego hacer un gran mérito de escritura al momento de acercarse al papel, conjugando lo verosímil con el estilo mágico del lenguaje y la objetividad, con el gran poder y uso de la palabra.

Un periodista adquiere veracidad y credibilidad desde el mismo instante en que comprueba la noticia y puede dar fe, certeza y constancia de que lo que escribió pertenece a la realidad, porque sucedió en determinado lugar, a una persona en particular o a un grupo de personas. Es mediante el lenguaje que el periodista desarrolla la habilidad para inquietar, incitar,

inmiscuir y sensibilizar al lector con la historia mediante su narración, puesto que una noticia no tendrá la misma aceptación en el público, si no toca los sentimientos del lector, si no remueve sus fibras y lo hacer vibrar, reír o llorar por la historia contada.

Los seres humanos nos reflejamos singularmente en el otro, nos identificamos más con una historia en particular que con un hecho en general, como refiere Tomas Eloy Martínez en una conferencia realizada en Guadalajara, México titulada “Periodismo y Narración: Desafíos para el siglo XXI” expresando que: “Hubo cien mil víctimas en un maremoto en Bangla Desh, el dato asombra pero no conmueve” (1997), ya que, el ser humano no se identifica con generalidades, sino con particularidades.

Este tipo de noticia alarma por la intensidad del desastre, por la estadística de muertes en un instante, pero no logra sensibilizar y concienciar al lector, en la misma forma que consigue hacerlo el inmiscuirnos en una historia particular. Por ejemplo, en el desastre causado por el maremoto, se cuenta con el testimonio de una mujer que ha quedado viuda, desamparada, a la intemperie y con cuatro hijos menores de edad. Este hecho nos permite vivir la noticia, meternos en los zapatos de cada doliente, asumir la tragedia como propia, sentir el dolor representado en un caso particular y entender que, en este momento, ese hecho le está sucediendo a una persona ajena; pero que mañana puede ser uno de los nuestros o nosotros mismos. Igualmente, este testimonio nos sirve como referencia del sufrimiento colectivo que se ha generado en Bangla Desh debido al maremoto, ya que si ese es el mal de una persona y una familia, como puede ser el padecimiento que invade a todo el país o a la comunidad afectada por esta catástrofe que ha dejado cien mil víctimas.

Las palabras se convierten en creadoras de una realidad individual y social, que está en continuo cambio y a la que se le atribuye el carácter de verdad, por medio del lenguaje. Éstas las podemos utilizar para describir todo lo físico y palpable que tenemos a nuestro alrededor, así como también; todo lo que está en la imaginación, la memoria y los sueños; por lo tanto, estos hechos intangibles no mueren en cada individuo o con una comunidad que no posea escritura, sino que permiten que sean recordados y grabados en la memoria.

Cabe aclarar que, no se está desmeritando el poder de la oralidad, puesto que mediante ésta se permite la comunicación y la realización del pensamiento, no obstante, el propósito es exaltar la escritura ante la necesidad que tuvo el hombre de perpetuar las palabras, de sobrepasar lo efímero y volátil haciendo uso de la grafía, con la cual ha logrado no solo recrear el mundo sino que le ha permitido plasmar los recuerdos, ideales y vivencias, evitando los agravios memorísticos que están sujetos con el transcurrir del tiempo.

Una muestra de que la escritura permite conservar y revivir aquello que no queremos olvidar, la encontramos en el libro *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince, en el cual están guardados sus recuerdos, aquellos momentos de felicidad que vivió al lado de su padre desde que era un niño, de quien recibió no solo afecto, sino todas las contemplaciones por ser el único hijo varón en medio del matriarcado que habitaba su casa en la ciudad de Medellín. En esta relación, cabe resaltar la reciprocidad del amor entre padre e hijo, para lo cual nos remitimos a sus propias palabras en el libro

Yo amaba a mi papá con un amor animal. Me gustaba su olor, y también el recuerdo de su olor, sobre la cama, cuando se iba de viaje, y yo les rogaba a las muchachas y a mi mamá que no cambiaran las sábanas ni la funda de la almohada (Abad, 2009:13)

De lo anterior se sigue que la forma en la cual Abad Faciolince utiliza la escritura permite conocer detalles importantes sobre su familia, en los que se destacan los pormenores de la enfermedad de su hermana, las creencias y vivencias de sus allegados, en los que refracta las marcas de la cultura antioqueña, su tradición y estilo de vida. De la misma forma, permite grabar el instante más doloroso que pudo sentir su alma el 25 de agosto de 1987, fecha en la que asesinan a su padre, en medio de la corrupción que afrontaba la sociedad colombiana, debido a la lucha por el poder, que estaba acabando con personas inocentes a manos de paramilitares, guerrilleros y narcotraficantes.

En ese momento no puedo llorar. Siento una tristeza seca, sin lágrimas. Una tristeza completa, pero anonadada, incrédula. Ahora que lo escribo soy capaz

de llorar, pero en ese momento me invadía una sensación de estupor. Un asombro casi sereno ante el tamaño de la maldad, una rabia sin rabia, un llanto sin lágrimas, un dolor interior que no parece conmovido sino paralizado, una quieta inquietud. (Abad, 2009:245)

El anterior fragmento del libro *El olvido que seremos*, permite corroborar el arte que es narrar, ya que se puede hacer un paralelo de estas letras, con la fotografía del periódico *El Espectador* o la de Iván Restrepo para el periódico *El Tiempo* del 27 de agosto de 1987, en la página 8-B; donde el desconsuelo y sinsabor de la familia Abad Faciolince alrededor del cuerpo sin vida del padre es perceptible a simple vista. Estas palabras escritas en la página 245 del libro nos muestran el enriquecimiento que posee el lenguaje, para plasmar la realidad por más ruda que sea. No hay límites en el lenguaje, y es de esto, de lo que se ha permeado el Periodismo para contar la noticia con su estilo de seriedad, verdad y credibilidad. La Literatura por su parte, ha usado todos los artificios que posee para tomar esos acontecimientos de la vida cotidiana, con sus datos relevantes y verosímiles para envolverlos en la magia y enriquecerlos con su estilo sin abandonar la realidad.

Héctor Joaquín Abad Faciolince, casi 20 años después consigue, gracias al uso del lenguaje y de la escritura, mostrar su mundo. La crueldad que marcó su vida, la de su familia y la de todo un país que padeció un dolor irrefutable por los daños causados en los años ochenta en medio de una guerra sucia e injusta, que acabó con la vida de todo aquel que pudiera representar un obstáculo, para sacar adelante las ideologías de los grupos al margen de la ley. Hechos que son tan reales que nadie se los puede quitar, dudar, ni mucho menos refutar, porque no es un mundo que él creó, sino la representación de sus sentimientos y de las vivencias que quiso contar mediante la obra, haciendo uso de todas las posibilidades narrativas que le ofrece el lenguaje, para encadenar al lector en un entretejido mar de historias hiladas en sus sueños y afrontadas con la dureza de su propia realidad.

De tal forma Abad Faciolince permite que al sumergirse en la lectura de su libro se encuentren los relatos y testimonios de una familia de clase media que hace honor a contradicciones económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas; gracias a los

pensamientos opuestos de su madre y su padre, enfocándose en la vida de éste último para hacer memoria y evitar que quede en el olvido después de su muerte proporcionando datos biográficos de ese médico reconocido en Medellín por sus labores sociales. Igualmente, permite evidenciar datos autobiográficos de un hijo que recibió mucho amor de su padre y que sufrió con la muerte de este.

La obra *El olvido que seremos* no solo tiene el carácter de informar o entretener, sino que permite que nos retratemos en su historia, que nos pongamos sus zapatos porque embauca al lector en sus redes y lo transporta a la época más cruda para Colombia, donde los pensamientos e ideales eran opacados por las balas. Refracta no solo el sufrimiento de la familia Abad Faciolince, sino que transmite el dolor y el caos de una época que no acaba.

Esta narración permite que se viva y sienta cada palabra, el lenguaje que se maneja dentro de la obra es cautivador, pertinente y casi poético por lo que pone en aprietos al lector. Se hace difícil entender cómo en medio de tanto dolor y desconsuelo por la muerte del ser más amado en su vida, este hombre puede expresar las palabras más dulces y amorosas que logran estremecer a quien entra en contacto con el libro, por la manera particular del autor para escribir. Su estilo para narrar provoca apasionamiento, intriga y ternura, pero a la vez sufrimiento, puesto que logra la función significativa del Arte y la Literatura, en la que se sensibiliza y conmueve al lector.

Abad Faciolince incursionó en el campo literario con obras como *Angosta*, *Tratado de culinaria para mujeres tristes*, *El amanecer de un marido*, *Malos pensamientos*, *Asuntos de un hidalgo disoluto*, *Basura*, *La oculta*, *Traiciones de la memoria* y *El olvido que seremos* que lo hizo merecedor de varios reconocimientos, tales como el premio Casa de América Latina en Portugal y el premio Wola-Duke en Derechos Humanos. Así mismo, recibió dos premios Simón Bolívar de periodismo de Opinión, los más importantes de país en esa categoría. Se ha desempeñado como columnista de la revista *Semana*, *Cromos*, *Cambio*, *El Malpensante* y de diarios como *El Espectador* y *El Colombiano*, según la información obtenida en la página de internet de Wikipedia.

Un periodista cuenta la noticia que más le agrada y su objetivo es que sea acogida y aceptada por el lector gracias a su carácter de veracidad y estilo particular de narrar la historia, sin olvidar que no hay verdades absolutas. Narrar implica contar no solo desde la realidad propia sino también desde aquella realidad de otros. Por lo tanto, debe tomarse el tiempo para indagar, preguntar, conocer y dudar antes de informar, demostrando el grado de seriedad que es requerido ante su profesión, porque como lo dice Tomas Eloy en la conferencia sobre “Periodismo y Narración: Desafíos para el siglo XXI” “Narrar tiene la misma raíz que conocer” (1997), puesto que, “ la realidad no nos pasa delante de los ojos como una naturaleza muerta sino como un relato en el que hay diálogos, enfermedades y amores además de estadísticas y discursos” (1997), así mismo hay espacio para añadir un toque de humor o jocosidad que personalice su estilo si es el caso, sin perder la esencia del tema tratado.

Un periodista debería pensar como un novelista en el momento de plasmar la noticia, está bien que no lo es, pero debería tener la misma gracia y audacia para narrar, utilizar todas las herramientas que le ofrece La Literatura para hacer su escrito lo más ameno posible, sin alejarse del umbral de la verdad. Hoy día es tan importante todo cuanto se diga, si bien el espacio en el periódico siempre ha sido medido y reducido, no deben existir límites en la escritura, siempre y cuando se trate de un periodista ético, que asuma su carrera con amor y compromiso, un profesional que deje su espíritu en el escrito. Por tanto “una historia contada con inteligencia tiene derecho a ocupar todo el espacio que necesita, por mucho que sea: no más, pero tampoco menos” (Martínez, 1997)

El papel del periodista no cambia si decide ser escritor de novelas, de biografía, autobiografía, relato, crónica, memoria o testimonio; por el contrario la lectura de sus columnas aumenta al despertar mayor interés y admiración en esta nueva faceta, siendo consciente de que “cuando se enfrenta a la pantalla u hoja en blanco se repetirá, lo que escribo es lo que soy, y si no soy fiel a mí mismo no puedo ser fiel a quienes me lean” (Martínez, 1997), lo que implica un pacto de fidelidad, porque es fiel a su propia conciencia y fiel a la verdad.

El Periodismo Literario tiene la certeza de que tendrá futuro, gracias a que las nuevas generaciones lo perfeccionarán cada vez más, presentando con el mejor lenguaje, una fotografía diaria que nos mantiene informados de los acontecimientos y hechos que suceden alrededor del mundo.

CAPÍTULO II
CONTEXTUALIZACIÓN DE UNA ÉPOCA
(DÉCADA DE LOS 80 EN COLOMBIA)

El problema de los colombianos es
que no tenemos una conciencia colectiva.
Tenemos una posición cómoda
e individual ante la vida

Jaime Garzón

La década de los 80 marcó la historia de Colombia, puesto que en ella se vivieron acontecimientos muy fuertes en todos los aspectos sociales, culturales, políticos y económicos que no se borran de la memoria de los colombianos, debido al impacto causado y a las consecuencias que estos han tenido en el presente.

Hemos sido sujetos a desigualdad, injusticia y corrupción en medio de la búsqueda por el poder, por escalar social y económicamente, pisoteando o arrasando a quien se interponga en el camino. Este esquema es representativo desde las grandes luchas de los partidos políticos hasta en los ciudadanos del común que se venden a quien provee más, ya que el factor dinero es predominante en esta sociedad. Así empieza una nueva guerra en Colombia, un conflicto entre los narcotraficantes y los grupos alzados en armas, en medio de un país que apenas se está levantando y sanando las heridas de otras batallas.

Pero ¿Cuándo empieza la violencia en Colombia? El sociólogo Javier Ocampo López en el libro *Otto Morales Benítez: sus ideas y la crisis nacional*, analiza las perspectivas que Morales tuvo frente a dicho flagelo y explica los intentos que ha tenido el país en búsqueda de la paz. Retoma que: “América Latina desde los años de la conquista y la deculturación se encuentra azotada por este conflicto social entre indígenas y españoles”. Posteriormente, “En los años de la Reconquista en la revolución de la Independencia” (1993:335), en las guerras

civiles de los Mil días y el Bogotazo, hasta el conflicto armado de guerrilla, narcotráfico y paramilitares.

En la segunda mitad del siglo XX, uno de los anhelos que con insistencia han expresado los colombianos es lograr la paz: primero, entre liberales y conservadores que se vieron obligados a luchar por las órdenes del gobierno, en enfrentamientos inclusive entre guerrillas. En la segunda fase, el entendimiento con éstas, pues ellas desataron una guerra de ideologías, de derecha e izquierda contra el Estado democrático, apoyado en las leyes. La tercera fase, en la década de los ochenta, está relacionada con el afán de poner término al combate con las guerrillas, el narcotráfico, el terrorismo y el paramilitarismo” (1993:336)

Dentro de las cuales, siempre ha estado la lucha constante por conseguir la paz, desde actos de pañuelos blancos, rogativas y campanas del clero, hasta negociaciones y marchas del silencio para conseguir una pronta solución a este problema.

El país siempre ha estado sumergido en una violencia que nos ha afectado a todos de una manera u otra. En los años 70 se formaron los carteles del narcotráfico que se dedicaban a la producción y comercialización de la marihuana, un “producto” enormemente apetecido por los forajidos gracias a los grandes ingresos que generaba. Pero, poco a poco fue decayendo debido a la expansión de cultivos en otros países, ocasionando que sus amos, los carteles de Cali y de Medellín, empezaran a comercializar la coca mundialmente, con Norte América como principal receptor, tal como lo cita Jorge Orlando Melo en el libro *Predecir el pasado: Ensayos de historia de Colombia*: “La consolidación del tráfico con el control de un elevado porcentaje del comercio de coca hacia los estados Unidos convirtió a Colombia, para finales de la década de 1970, en el más importante centro de refinación y exportación de coca” (1992:210)

En la década de los 80 se crea una “nueva clase social” en Colombia, que influencia enormemente la economía del país con “dineros calientes”, provenientes de la ilegalidad en el

tráfico de estupefacientes. El narcotráfico era el pilar de una economía subterránea que trajo como consecuencia desorden social, político y cultural, propiciando acontecimientos de luto y sangre, porque mientras unos tomaban poder en las montañas, el narcotráfico lo hacía en las ciudades y especialmente en Medellín, lugar que sufrió cruelmente las consecuencias de ese flagelo.

El esquema político cambia notablemente, debido al posicionamiento que alcanza la corrupción como respuesta a las fuertes y sólidas alianzas con reconocidos personajes, grandes dirigentes, tanto de la política como de las fuerzas militares “El tráfico aumentó la corrupción de las autoridades colombianas hasta niveles insólitos” (Melo, 1992:210) ya que la avaricia por conseguir dinero fácil cambió los ideales, deformó los valores morales y tergiversó las estructuras sociales. El narcotráfico se presenta ante ellos, como una plataforma para alcanzar los sueños casi inalcanzables, consiguiendo situarse en un lugar privilegiado para causar no solo admiración, sino debilitar las autoridades y opacar la justicia para tener el poder del país, que era su cometido.

La irrupción en la política del más grande narcotraficante de la historia de Colombia, es una fiel representación del dominio que éste llegó a tener, tal como lo muestra La *Gran Enciclopedia de Colombia*, en su segundo tomo de historia, al hacer referencia de la incursión de Pablo Escobar ante las decisiones del país “[...] ocupando la posición de suplente del parlamentario Jairo Ortega en la cámara de Representantes” (2007:607). Por lo que algunos representantes gubernamentales mostraron su rechazo ante esta situación y empezaron su lucha para combatirlo.

Uno de ellos fue el entonces ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla, quien es abaleado en la noche del 30 de abril de 1984 en las calles de Bogotá, por ser un fuerte contradictor del narcotráfico. A partir de este asesinato, el presidente Belisario Betancur impulsa el 2 de mayo del mismo año la ley de extradición, que no fue bien recibida por parte de los narcotraficantes. Alonso Salazar J y Ana María Jaramillo en su libro *Las subculturas del narcotráfico*, refieren que: “Jorge Luis Ochoa y Pablo Escobar hicieron su primera propuesta de “rendición” en una reunión celebrada en la ciudad de Panamá” (1992:70). Lo ofrecido por los narcotraficantes

fue: “Desmante de laboratorios, entrega de avionetas, retiro del mercado para procesar, transportar o comprar coca, retiro definitivo de las actividades políticas y acompañamiento en campañas contra la drogadicción a cambio de evitar el tratado de extradición” (1992:70-71), lo cual fue incumplido por la mafia; que inicia un proceso de destrucción mediante una oleada terrorista para acabar con magistrados, jueces y grandes personalidades de la Nación.

Simultáneamente, el narcotráfico tenía nexos con la guerrilla por el cultivo de coca que se expandía en sus áreas de dominio, generándoles recaudo de “la vacuna” por sus cultivos ilícitos, como lo dice Jorge Orlando Melo: “La guerrilla cobraba, como a los demás propietarios, un porcentaje del valor de la cosecha, y eventualmente protegía a cultivadores y procesadores” (1992:211); generando una relación de cooperación entre ambos grupos al margen de la ley.

Bajo el mandato del jefe de gobierno Belisario Betancur entre 1982 y 1986, se realizaron diálogos de paz con los grupos alzados en armas, pero debido al incumplimiento de los acuerdos establecidos con el gobierno en Corinto y al furor, crecimiento y posicionamiento en el que se hallaba el narcotráfico, tal proceso fue frustrado. Algunos se rehusaron a continuar con las negociaciones y tomaron de nuevo el camino violento. Ejecutaron otro de los acontecimientos más relevantes en esta época, la muerte y desaparición de un centenar de personas, entre las que se encuentran empleados, visitantes, magistrados y guerrilleros por la incursión del M-19 al Palacio de Justicia, en un acto catalogado como holocausto nacional. Una masacre ocasionada en el combate de los guerrilleros y el ejército en medio del cruce de balas, las llamas provocadas y los desastres previstos a manos de delincuentes.

Mauricio Aranguren Molina, en el libro *Mi confesión*, narra los testimonios de Carlos Castaño Gil, máximo líder de las Autodefensas Unidas de Colombia, (grupo paramilitar fundado por su hermano Vicente, para combatir al ELN, EPL y Las FARC) señalando la forma en que Pablo Escobar planea con la guerrilla este ataque: “Según el comandante de las AUC, la toma del Palacio de Justicia se decidió en su presencia en la Hacienda Nápoles. Era el favor que le haría el M-19 a los narcos a cambio de unos millones de dólares. Con eso

lograrían destruir los archivos en donde se guardaban los casos contra los mafiosos” (2002:11).

El paramilitarismo nace como respuesta a la necesidad que sentían los terratenientes de buscar seguridad, protección y cuidado ante las guerrillas que se hacían cada vez más fuertes, porque empezaban a reconstituir otros intereses, reformándose bajo el mando de nuevos dirigentes e ideologías. Unos hombres ávidos de poder deciden tomar las armas y hacer justicia con sus propias manos. Los hermanos Castaño comienzan su venganza contra la guerrilla después del secuestro de su padre en 1979, acto que los deja casi en la quiebra por la alta suma de dinero entregada para cesar el cautiverio y lograr una pronta liberación, pero, esto no se llevó a cabo, ya que el final de esta tragedia, dos años después, fue el asesinato de Jesús Alberto Castaño González por el 4° frente de las FARC.

Dicha versión que es desmentida en la página web de *Verdadabierta.com* al afirmar que: “Los documentos de los hechos violentos que ocurrieron en Amalfi, Antioquia, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, dejan muchas dudas sobre la historia difundida por los hermanos Fidel, Vicente y Carlos Castaño sobre cómo se crearon los primeros grupos paramilitares”, puesto que, María Teresa Ronderos, autora del libro *Guerras Recicladas* y fundadora de dicho portal, cita que “no fue a raíz del secuestro y muerte del padre de los Castaño, don Jesús, que nacieron un ejército de autodefensas y una familia dedicada a la contrainsurgencia motivada por la venganza como lo hicieron creer después sus hermanos para darle un origen justo a la causa violenta que enarbolaron”. Según la periodista esta ha sido “una verdad fabricada a punta de repetición”.

Es difícil afirmar a ciencia cierta cuál es la verdad de esta historia. No obstante, la realidad es que este secuestro, fue solo uno de los muchos que desató la violencia en Colombia. Cabe recordar el secuestro de Marta Nieves Ochoa Vásquez, en el que radica la formación del grupo paramilitar Muerte a Secuestradores (MAS), financiado por la mafia. Pablo Escobar, principal cabecilla del cartel de Medellín, aportó a su compañero Jorge Luis Ochoa el dinero para la liberación de su hermana por parte del M-19, como lo refiere Alonso Salazar en el libro *La parábola de Pablo: Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*, citando que:

El 13 de noviembre de 1981, Jorge Luis Ochoa despertó a Pablo hacia las siete y media de la mañana. Secuestraron a mi hermana, a Marta Nieves, le dijo. En la casa de los Ochoa, Pablo, como hombre observador, reparó el mosaico de grados del bachillerato de Marta Nieves, y reconoció entre las fotografías de sus compañeros a Luis Gabriel Bernal. Éste fue, son los del M-19, yo soy amigo de ellos, los voy a buscar, se les da una platica y listo (2012:81).

Unos aseguran que no se entregó dinero por esta liberación, otros afirman que sí. El periódico *El Tiempo* del 24 de septiembre de 1991 informa la cantidad entregada, según la declaración del testigo de la fiscalía Manuel del Cid, “El M-19 recibió 1.2 millones de dólares del Cartel de Medellín por el rescate de Martha Nieves Ochoa”, dejando este caso en el tintero. Pero lo que con certeza se puede decir, es que los grupos de narcotráfico y paramilitarismo empezaron a expandir su autoridad y elevar su emporio, causando una época de dolor y sufrimiento para los colombianos.

Carlos Castaño reveló “sus secretos” frente al periodista Mauricio Aranguren sobre la guerra y la interminable venganza que se extiende por muchos años, en medio de un vaivén de asesinatos. Ya que cada vez que las FARC asesinaba a alguien que era importante y apreciado por él, a uno de los suyos, él arremetía contra su oposición y acababa con uno de ellos, o sencillamente atacaba la sociedad en medio de un acto terrorista, episodio en el que asesinaba a personas que “no colaboran con su causa” como lo hacen llamar los insurgentes, a aquellos que tienen pensamientos diferentes y no se unen a sus ideales, inocentes que sufren las consecuencias e inclemencias de una guerra en la que nada tienen que ver.

Un caso preciso del que se habla en el libro *Mi confesión*, fue el relacionado a la bomba con cien kilos de dinamita, que le colocaron al General del Ejército Carlos Julio Gil Colorado, ante la que él no dudó en responderles de la misma manera en medio de una guerra sucia que no tenía fin. “Carlos ejecutó al Senador Manuel Cepeda Vargas, como respuesta a un asesinato cobarde que perpetró las FARC, fuera de combate. Luego envió la siguiente razón al

secretariado: Señores, vamos a matarnos pero en guerra” (2002:257), como una forma de provocación y reto en esa lucha por el dominio.

Igualmente, se puede observar las expectativas que estos grupos tenían y la lucha constante para incrementar su poderío en una conversación con su hermano, Carlos cita que: “Fidel descubrió cómo se manejan los hilos del poder en el país y en un kiosco de la vereda Las Cruces le dice: Yo no quiero ser más un idiota útil del sistema” (Aranguren, 2002:191), haciendo relevante la ambición que tenían de llegar hasta la cúspide del mando, recalcando que quien no estaba con ellos, estaba en su contra. El control de estos grupos en las principales ciudades llegó al extremo, que nadie se atrevía a decir ni a hacer nada en su contra. Los grupos subversivos, paramilitares y de narcotráfico se beneficiaron tanto de las masacres, extorsiones, desplazamientos y cadena de asesinatos, que Colombia quedó sumida en una desolación atroz.

La pregunta que surge es ¿Cuáles fueron las consecuencias de esta violencia? Para responder a este interrogante, nos basamos en el historiador Jorge Orlando Melo, el cual advierte la dificultad de hacer un análisis del impacto causado. Puesto que la violencia no es un proceso homogéneo, sino, de influjo ambiguo a nivel político, social y económico.

El costo de la violencia para el país es difícil de determinar, aunque sin duda abrumador. No hay que olvidar que entre quince mil y veinte mil colombianos mueren anualmente en hechos violentos. Las sumas pagadas por “vacunas” y secuestros, a guerrilleros y delincuentes comunes, representan una carga significativa para los empresarios agrícolas (1992:215-216).

Económicamente, los campesinos se hacían más pobres por cumplir con el pago de vacunas y extorsiones, tratando de salvar su vida, su familia y sus tierras. Mientras tanto, la mafia, movía cada vez más grandes sumas de dinero producto de la ilegalidad, con las cuales ostentaban de lujos en vehículos, edificaciones y tierras, generando empleo en sectores como la ganadería, el turismo, la recreación y especialmente la construcción. Melo analiza que: “Aun así, no es evidente que los ingresos de la droga hayan constituido un claro beneficio

para la economía colombiana, aunque es cierto que en su ausencia hubiera sido preciso adoptar políticas de comercio exterior y de divisas mucho más restrictivas que las actuales” (1992:216). Además, demuestra que la violencia, con sus altos índices de criminalidad, de terrorismo y destrucción, causó no solo pérdidas económicas sino innumerables muertes que convirtieron la década de los ochenta en una época catastrófica, donde la mafia se hallaba en su máximo esplendor con las narco-guerrillas y los narco-paramilitares que prevalecían en su constante lucha.

Ante esta pérdida de soberanía por parte del Estado, y en vista de que su lucha no solo era contra el narcotráfico y la delincuencia común, sino que también radicaba en las guerrillas, convocó a buscar la paz pese al incumplimiento en los acuerdos establecidos. Algunas disidencias endurecieron sus corazones, tomaron las armas y continuaron su misión. Fueron pocos los combatientes que se adhirieron a los beneficios y garantías que les ofrecía el gobierno “un puñado de arena en medio del desierto”, quienes optaron por la legalidad para unirse entre ellos y conformar así, un nuevo partido político llamado Unión Patriótica “UP”. Éste tuvo gran auge y representación para las elecciones siguientes, que desestabilizaron los sólidos cimientos y las reglas establecidas de otros partidos políticos tanto directiva como administrativamente al lograr muchos adeptos en las votaciones para presidente (1986-1990), en las que, con cifras arrasadoras, Jaime Pardo Leal ocupó el tercer puesto ante el triunfo del conservador Virgilio Barco.

La gran acogida que la Unión Patriótica tuvo en la ciudadanía colombiana, generó inconformidad en los dirigentes de la política y en las disidencias de los grupos subversivos que empezaron el exterminio contra este partido, acabando no solo con la vida del ya mencionado, sino también con la de Carlos Pizarro León Gómez y de muchas personas más. Para dimensionar un poco este genocidio citamos a Carlos Guillén Lozano, en el prólogo del libro *Poder capitalista y violencia política en Colombia. Terrorismo de Estado y Genocidio contra la Unión Patriótica*.

Según los líderes del grupo político, el saldo de los actos atroces perpetrados en su contra hasta hoy se aproxima a las 5.000 personas asesinadas,

“desaparecidas” y torturadas, entre quienes se cuentan dos candidatos a la presidencia, ocho congresistas, cientos de alcaldes y concejales, y miles de activistas locales. De ese mismo cuadro hacen parte detenciones masivas y arbitrarias contra los miembros sobrevivientes del movimiento, poblaciones desplazadas de sus zonas de influencia, decenas de atentados dinamiteros contra sus oficinas y familias enteras exiliadas (2002)

A partir de los asesinatos de miembros de la UP, se sumaron centenares de muertes de dirigentes y activistas, entre las que se encuentran la del docente Luis Felipe Vélez, presidente de la asociación de docentes de Antioquia (ADIDA), quien, como lo expresa Carlos Castaño, “no murió por sindicalista, como lo hizo ver la izquierda, la guerrilla y algunas ONG. Se murió por ser un señor de la guerra que se escondía en un sindicato” (Aranguren, 2002:145). Simultáneamente a esta se encuentra la de Leonardo Betancur y Héctor Abad Gómez, dirigentes del Comité de derechos humanos del mismo departamento, que se dedicaban a ayudar a los más necesitados, porque mientras unos luchaban para que la vida fuera más fácil, otros acababan con ella de la manera más vil, tratando de justificar sus actos, escondidos tras una pared de hielo. El objetivo era acabar con los “cerebros” de esta sociedad, quienes para ellos eran “los verdaderos señores de la guerra” (Aranguren, 2002:145).

La muerte de los profesores el día 25 de agosto de 1987, marcó un punto culminante para la tolerancia de los colombianos, actos que fueron repudiados en todo el país por entes gubernamentales, agremiaciones, universidades e instituciones públicas mediante la marcha del silencio, para alzar una voz de protesta en contra de la violencia y el derramamiento de sangre que bañó y enlutó al país.

Los medios de comunicación periodísticos, radiales y audiovisuales nacionales, no tardaron en pronunciarse sobre los hechos atroces que perturbaron la tranquilidad no solo de Medellín, sino de todo el país. Para tal caso citamos al periódico *El Tiempo*, que se encargó de difundir el 26 de agosto de 1987 la noticia en primera página con el titular: “Asesinados Héctor Abad Gómez y dos profesores más”, en el que informa cómo fueron atacados los ya mencionados, al ingresar a la sede de ADIDA (Asociación de docentes de Antioquia), para

dar las condolencias por el crimen cometido contra el presidente de esa agremiación. Motivo por el cual la oficina de redacción da a conocer que el magisterio realizará un “paro nacional de maestros” (pág. A2), exigiendo respuestas por los asesinatos de más de 30 docentes en el transcurso del año 1987. Las instituciones empiezan a expresarse ante estos hechos, FECODE “exige respeto a sus vidas y denuncia que es imposible trabajar en un ambiente de permanente conflicto e irrespeto hacia la vida humana” (pág. A2), proponiendo un cese de actividades laborales, según información recaudada por la oficina de redacción. No obstante, el ministro de educación Antonio Yepes Parra, pide abstenerse de realizar el paro, el cual se lleva a cabo, como represalia al asesinato de los maestros, a la violencia que azota al país y como medida preventiva para velar por la integridad de los maestros amenazados. Información suministrada en comunicados de la organización clandestina “falange”, para anunciar la muerte de Vélez y de otros dirigentes más.

El gobierno se pronunció ante estos actos de violencia: “El presidente Barco y sus ministros concretaron drásticas medidas para hacer frente a la arremetida de los criminales”. Así mismo, “Propone la UP: acuerdo político contra la violencia” (pág. A8), en un pronunciamiento leído en la plenaria del senado y firmado por los cuatro senadores (Humberto Oviedo Hernández, Jaime Montoya, Pedro Alcántara Herrán y Gustavo Osorio), quienes se refieren a la conmoción que hay a nivel nacional debido a la cadena de asesinatos cometidos, no solo a los integrantes de este partido, sino a grandes personajes y dirigentes que buscaban la paz para Colombia, enfatizando en la incompetencia del gobierno para frenar esta oleada. (Periódico *El Tiempo* 26 de Agosto de 1987).

Igualmente en la edición del 27 de agosto, este mismo medio, enfatiza en el asesinato del profesor y defensor de los derechos humanos Héctor Abad Gómez titulándolo como “crímenes horripilantes” (pág. A2) y preguntándose “¿a quién le sirve la ola de crímenes que asuela al país, en especial a la ciudad de Medellín?” (pág. A4), con la incertidumbre de pensar “¿Quién sigue ahora?” como lo escribe Enrique Santos Calderón, donde muestra la cruel y dura realidad que afronta el país e invita a la sociedad a no “permanecer indiferente ni serena ante atentados contra la vida de prestantes y humildes compatriotas”, en medio de una ola de asesinatos “producto de unas mentes enfermizas de la derecha, que tan solo ven en la

muerte la fórmula para solucionar sus problemas” (pág. A4). Los grupos insurgentes y las organizaciones al margen de la ley se empeñaron en callar aquellas voces que expresaban sentimientos de dolor y protesta por la calidad de vida cada vez más denigrante, y por el olvido en el que los ha dejado el Estado en un país que se desangra día tras día ante la indiferencia de sus gobernantes.

Enfoquémonos ahora en conocer a Héctor Abad Gómez, motivo de inspiración para que su hijo, Héctor Abad Faciolince escribiera el libro *El olvido que seremos*, como homenaje a los momentos de felicidad que vivieron juntos desde que era un niño, hasta llegar al asesinato de su padre. Un hombre ejemplar que luchaba por los más necesitados de su ciudad.

En la sección Perfil de la revista *Semana* del 1 de septiembre de 1987 lo describen como un hombre de familia, pero ante todo del pueblo: “era un ciudadano por encima de toda sospecha” porque no se perdía ninguna manifestación, huelga o protesta a la que fuera llamado para actuar como árbitro de una de las partes, sin importar si eran de izquierda o derecha. Quiso ser alcalde de la ciudad que lo veía como un hombre con futuro prometedor, por su visión y anhelos de cambio. “Era amigo de medio Medellín” porque lo caracterizó su carisma y su humor negro. Le gustaban las rosas y las cultivaba en su finca a las afueras de la ciudad (pág. 30-31).

Consagró su vida a la docencia y a la lucha por la defensa de los derechos humanos; estudió medicina en la universidad de Antioquia hasta 1946, y desde que se graduó fue un médico muy reconocido en su ciudad. El libro *El olvido que seremos*, muestra la visión de este hombre respecto a su profesión, en la forma en que le hablaba a sus estudiantes “La medicina no se aprende solamente en los hospitales y en los laboratorios, viendo paciente y estudiando células, sino también en las calles, en los barrios, dándonos cuenta de por qué y de qué se enferman las personas” (Abad, 2009:42)

Abad Gómez no necesitaba de un arma para defenderse porque la suya era el lenguaje. Buscó justicia siendo líder y portavoz de aquellos a los que nadie escucha, en una sociedad enmudecida por la corrupción y el dolor, pero las palabras no le sirvieron de escudo para

protegerse y se convirtió en una de las tantas voces que callaron los violentos. Abad Faciolince refiere que su padre “Odiaba, por encima de todo, que no tuviéramos conciencia social ni entendiéramos el país donde vivíamos” (2009:25). Se dedicó, no solo a ayudar a los más necesitados, sino que también criticó a los estamentos gubernamentales, desde su columna de opinión en un periódico de la ciudad. Acusó a los más ricos de la ciudad de indiferencia, por estar dejando morir a los más pobres, teniendo la solución en sus manos. El único auxilio que pedía para estas personas, se enfocaba en separar las aguas (potable de negras), solo con esto, le estarían dando a la población de los barrios marginados, un futuro y una calidad de vida mucho más saludable.

El doctor Alfonso Mesa Jaramillo, se encargaba de hacer con buena técnica los tanques de agua y a llevar tuberías hasta las casas, porque el agua potable era lo primero. Después venían las letrinas (“para la adecuada disposición de excretas”, decía, muy técnico, mi papá) o si era posible los trabajos de alcantarillado que se hacían los fines de semana, por acción comunal. Más adelante seguían las campañas de vacunación y las clases de higiene y primeros auxilios en el hogar, según un programa que se inventó mi papá con las mujeres más inteligentes y receptivas de cada sitio, y que luego se llevaría a cabo en toda Colombia con el nombre de “Promotoras rurales de salud. (Abad, 2009:42)

La obra da claros indicios de que al galeno lo mataron por las acusaciones de otros, es evidente que la oligarquía antioqueña no aceptaba su ideología. Las acusaciones que lanzaron en su contra fueron contundentes para tomar la decisión de asesinarlo, puesto que el cometido de los grupos paramilitares era asesinar a todo el que apoyara de alguna manera a la guerrilla y esa era la fama que el doctor había levantado. “Gonzalo Jaramillo, había dicho en el Club Unión – el más exclusivo de Medellín- que Abad Gómez era el marxista mejor estructurado de la ciudad y un peligroso izquierdista al que había que cortarle las alas para que no volara” (Abad, 2009:49). Muchos adinerados de la capital antioqueña creían que solo ellos tenían derecho a vivir bien y lo tildaron de izquierdista. Así lo hizo su colega de la universidad “el Tuerto Jaramillo”, quien dijo en una reunión muy enfático: “Yo no respiraré tranquilo hasta

no ver colgado a Héctor de un árbol de la Universidad de Antioquia” (2009:50). De igual forma, recibió un sinfín de acusaciones de todo aquel que estaba en contra de sus ideales, era atacado por todos los medios en radio, prensa, televisión y en las reuniones sociales a las que asistía con su esposa, en las que hasta de los curas se oían comentarios reprochando su pensamiento.

Cabe resaltar que la familia conformada por Cecilia Faciolince y Héctor Abad Gómez, enmarca fielmente la cultura antioqueña. Muestra el contexto de una sociedad ochentera contradictoria, la forma de ser y pensar del uno, complementaba la del otro, no solo en su relación de pareja sino, en todo su entorno familiar. Refracta por una parte la religiosidad, catolicismo, fervor y creencias de una madre criada por el arzobispo de la ciudad, al tiempo que recibió ayuda por parte de las monjas como la hermana Sol, que enfatizaba en rezar el rosario diariamente para librarlos del pecado, salvarlos de las inclemencias del infierno y llevarlos al cielo donde encontrarían la vida eterna. Por otro lado, a un hombre ateo, basado en la ciencia y sin más creencias religiosas que el amor y el servicio que prodigaba a otros, por lo que sus hijos se criaron en medio de un equilibrio que fortaleció su vida en todos los aspectos. “Él era agnóstico y ella casi mística; el odiaba el dinero y ella la pobreza; él era materialista en lo ultraterreno y en lo terreno espiritual, mientras que ella dejaba lo espiritual para el más allá y en lo terrenal perseguía los bienes materiales” (Abad, 2009:113)

La oposición de partidos políticos entre la familia Gómez y los Faciolince, apuntaban que: “este no había sido un matrimonio conveniente, pues que una muchacha de origen conservador se casara con semejante liberal era como una alianza entre Montescos y Capulescos” (Abad, 2009:71) confirmando una vez más las contradicciones. Socialmente pertenecían a la clase media y la economía era equilibrada por la madre, ante los continuos desniveles que surgían como consecuencia de la caridad del padre, que no entendía las finanzas de un hogar, en el que mensualmente afloraban las facturas por pagar. Doña Cecilia empieza a trabajar contra la voluntad de su esposo, que como buen paisa estaba permeado por la marca de machismo predominante en la cultura. Esa actitud, también se puede identificar entre padres e hijos, filiación que no permitía ninguna demostración de afecto para evitar “ser tachado de mariquita y niño consentido” (Abad, 2009:23). Para el escritor estos actos

pertenecían a su rutina, los constantes mimos y contemplaciones que recibía de su padre eran el diario vivir. El señor Gómez fue criado con rejo y mano fuerte, no recibió muestras de cariño ni cercanía con su progenitor, el cual en su rol de abuelo exigía constantemente un trato más fuerte para el varón y un poco de contemplaciones y ternura para la dinastía de mujeres que habitaban la casa.

Pero, como no todo es felicidad y *El olvido que seremos* no corresponde a un libro de hadas con final feliz, es necesario demarcar el futuro del doctor Abad Gómez, una víctima de las muchas que ha cobrado la política amañada y de doble moral que azota nuestra Nación, debido al conflicto armado irregular que ha desangrado al país durante décadas ¿Por qué lo mataron? Es una pregunta que queda en la incertidumbre. Hay muchas suposiciones y especulaciones, pero pocas evidencias, solo se puede aseverar que aún vive en el recuerdo de un pueblo que no ha logrado el olvido, porque se alienta con la espera de resultados ante tanta indiferencia, pues no solo callaron su voz sino la de una comunidad que veía en él un hombre, una esperanza.

La crítica y el llamado de atención que hacía a las clases dirigentes generaron la preocupación de los mismos, razón por la cual lo tildaron de insurgente y revoltoso, catalogándolo como cerebro en la lista negra de sus contradictores, para finalmente propiciarle la muerte. La ausencia de Estado y el miedo que estos grupos de guerrilla, narcotráfico y autodefensas han impuesto por todo el territorio nacional hacia que cualquier persona se sintiera temerosa, ya que solo habían dos opciones, o estaban con ellos o en su contra y, el poderío que estos tomaron en ese entonces y el cual siguen teniendo ha implicado para el país en el orden político, económico y social. Este fenómeno de alzamiento en armas de unos cuantos, ha provocado injusticia, desigualdad, pobreza y marginación en la población más vulnerable del país.

El autor no ha podido hacer un mejor reconocimiento que las memorias a la vida de su padre, un hombre luchador, defensor de los derechos de los más vulnerables, pero ante todo, un ser amado y respetado por su familia.

Los Abad Faciolince no fueron ajenos a este flagelo de violencia que desangra al país, sino que se convirtieron en una de las miles de familias que aún llora por un ser querido, que sufre por la injusticia e impunidad ante el crimen de un hombre que, según testimonios de personas la época y en especial de su hijo, entregó su vida a prestar servicio a quien lo necesitaba porque tenía mucho amor para dar.

Pero ésta es solo una muestra de la corrupción y violencia que ha estado de frente a las familias colombianas, a las que llegó para acabar con todos aquellos que eran cerebro y corazón que andaban en busca de libertad, equidad y justicia. Pero que fueron silenciados a manos de sus contradictores, quienes tomaron las armas para acabar con los ideales propios de un ser y la expresión colectiva de un país que añora la paz.

Tal es el caso del asesinato de Jaime Garzón el 13 de julio de 1999, en una mañana que apenas empezaba, donde el sol permanecía discreto para esclarecer el día en la fría capital colombiana, lo cual fue pertinente para obrar en su contra, puesto que su vida acaba a manos de sicarios, que encaminados en cegar sus ideales políticos y de acallar su humor negro, en contraposición a su carácter y personalidad, a su espontaneidad y pensamientos, cumplen su cometido.

Continuamente se revelan hechos muy dolorosos que se perpetúan en el pensamiento y florecen en cada una de las palabras de las víctimas de esta violencia, quienes guardan esos recuerdos para siempre en su corazón y los reviven a cada instante. Porque es casi imposible limpiar el derramamiento de sangre de seres humanos en actos tan deplorables, que se evocan sin cesar y que irrumpen no solo en la memoria sino en los sentimientos de todos.

Actos que no son efímeros ni volátiles como el viento porque que se grabaron con rabia, impotencia, desolación y bajo un temor que es heredado de generación en generación hasta nuestros días. El arte y la magia de la Literatura permiten que esa memoria colectiva no sea olvidada tan fácilmente, sino que revive cada recuerdo constantemente en el interior de las palabras, es el caso de Héctor Abad Faciolince quien utiliza el lenguaje para revivir esos momentos de angustia que sufrió el país y con ellos el dolor que también llegó a las puertas de

su hogar, demostrando que las víctimas y sus verdugos miran al horizonte en diferentes perspectivas. Los primeros no quiere dejar morir los recuerdos ni las obras de sus allegados, mientras que los otros protagonistas de esta historia, los victimarios que continúan con vida, “meten el dedo en la llaga” en cada una de sus confesiones, buscando una rebaja de penas que, sin poner en tela de juicio la justicia colombiana, es insuficiente para sus delitos.

CAPÍTULO III

SOBRE LA MUERTE Y EL OLVIDO

Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán, y que es ahora,
todos los hombres, y que no
veremos.

Jorge Luis Borges

No es sencillo abordar el tema de la muerte, ya sea en el cine, la pintura o la literatura, es decir en el arte, y más aún si la muerte va acompañada con la palabra familia. Claro está, que existen muchos tipos de muerte y esto hace que así mismo surjan muchas formas de narrarla, desde el heroísmo griego e indígena de sus guerreros, pasando por el tibio aroma a peste y divinidad de la Edad Media, hasta la muerte por el suicidio o la enfermedad amarga de la era contemporánea. Así pues, se puede afirmar que en cada época ha existido una forma o varias de narrar el fin de la vida, y sin contar que en cada país la cultura marca un camino diferente o por lo menos muy particular, ya que, en los países orientales la muerte implica una cosa y otra muy distinta, es para los países Latinoamericanos.

De esta forma la muerte puede ser tomada desde varios puntos de vista, pues cuando somos ajenos a ella, es difícil llegar a sentir dolor por la tragedia del otro, ya que a pesar de que sentimos empatía, no hemos sufrido en carne propia esa angustia, nuestra sangre no ha recorrido el camino del sufrimiento, pues tan solo podríamos sentir lastima o pena, pero, nunca el padecimiento del otro. Al mismo tiempo se podría pensar que el miedo y todos los sentimientos relacionados con una tragedia, solo lo podrían experimentar los individuos que en particular la sufrieron, y cada uno de ellos de manera singular, desde su propia perspectiva. Entonces se podría pensar que realmente no existe nada que nos una, ya que las vivencias son para cada quien distintas y con ello se estaría afirmando que cada individuo solo podría sentir el dolor, el miedo, la tragedia que él mismo viva.

Pero esto no es así, ya que existe la memoria colectiva y el sufrimiento de los demás revive el propio, es decir, nos reflejamos en el otro, para lo cual, La Literatura y el Arte han sido la herramienta que ha tenido en sus manos el ser humano para plasmar la realidad. Es cierto que no siempre ha logrado sensibilizar al otro, puesto que muchos actúan con una coraza, un escudo de irracionalidad, en donde la lectura solo hace parte de su afición y entretenimiento, puesto que no permiten ser tocados por el dolor que traen consigo las palabras, que brotan y florecen de la tierra abonada del lenguaje, pero que se marchitan sin percibir su aroma, obras que solo se utilizan para pasar el rato o conciliar el sueño y al llegar el día vuelven y quedan bajo la almohada sin dejar un mensaje ni producir sentimientos en el lector, por lo tanto, se puede decir que la literatura no sirve para nada, si solo se le mira como una creación inocente para contemplarla y dejarla seguir, como lo hacen los visitantes a los museos.

Pero si el arte y la literatura no logran sensibilizar al otro, entonces ¿Cuál sería su fin? Se puede decir que el Arte depende de la manera como se reciba, se sienta o se interprete, ya que es allí donde está la condición humana expuesta, dolorosa, trágica, inacabada que logra alterarnos, tocarnos y sensibilizarnos, pero solo si estamos dispuestos a ello. Y hoy en la era de la velocidad, solo parece ser que buscamos entretenimiento y diversión, porque se ha colocado los sentimientos y la sensibilización en un segundo plano. Entonces el problema no es del Arte, ni del creador, sino de la lectura, de cómo y para qué está leyendo el ser humano todo lo que tiene a su alrededor.

Si la condición humana es esa individual, insensible, incapaz de sentir el dolor, de imaginar el sufrimiento de una población bombardeada ¿Para qué la literatura, la pintura, el cine? Lo valioso del Arte radica en sensibilizar, remover los sentimientos y las fibras de cada ser humano que se sumerge y se apasiona por ella, dándole el valor y el reconocimiento que ésta tiene.

Asumiendo lo anterior como una verdad, el lector asistirá a una lectura en donde un libro *El olvido que seremos*, entrará en juego con una serie de ideas sobre la muerte, y se verá cómo La Literatura sí nos acerca de forma sensible al dolor, ya sea que trate temas lejanos o particulares en la historia de un país.

La vida cotidiana está siempre cargada de muerte, pero la pregunta que surge es ¿Cómo hacer para narrarla? Quizá de alguna forma Héctor Abad Faciolince lo resuelve dándole vida a esos muertos, transcribiendo todo el dolor que embargó su corazón y la angustia e impotencia ante los hechos. *El olvido que seremos* no es solo una protesta al Estado, a la justicia, ya que a su vez logra dar luz a una época en donde la muerte caminó feliz en Medellín y claro está, en toda Colombia. Éste libro entonces es un buen faro para las nuevas generaciones que tienden a olvidar o, a no reconocer en el pasado, el presente que se pisa.

El autor al realizar estas memorias o crónicas de su padre y de toda su familia, nos hace pensar en otras obras literarias que con diferentes estilos tratan el tema de la muerte como en *Sufrían por la luz*, *La muerte en Venecia*, o en los Relatos escalofriantes que hace Poe o Quiroga, en donde la muerte es un acto que aterroriza la existencia, la parca aparece como una enfermedad que en últimas consumirá el cuerpo.

Ahora bien, si se mira el panorama colombiano en las novelas cortas de la guerras civiles se presentará la muerte como una salida o un fin, y así iremos encontrando en Colombia que este tema estará en las grandes obras, como en *La vorágine* con su selva cargada de peligros o en *Cien años de soledad* en donde solo con pensar en la masacre de las bananeras comprendemos por qué es tan necesario *El olvido que seremos*.

Como se ha dicho antes, narrar la muerte se hace más difícil cuando lo que se cuenta se ha vivido a nivel personal, causando un dolor difícil de superar y marcando una etapa trascendental. Por eso el autor tarda aproximadamente 20 años en reconstruir, perdonar y asimilar dicha situación que ha sido la causante del más grande sufrimiento que ha podido soportar.

Al terminar de leer *El olvido que seremos* surge una pregunta ¿quizá el autor plasma una reflexión profunda sobre la muerte y el olvido como temas centrales del libro? Es claro que existe una preocupación sobre la muerte en la obra. Ahora bien, si dicha narración se hubiese dedicado solamente a contar las muertes en su familia no sería tan sensible y desgarradora como lo es. Por ello, el autor nos hace todo un retrato familiar, cotidiano, no solo de su casa,

sino de todos y de todo lo que tenía alguna relación relevante para la familia Abad Faciolince

Cuando el lector se sumerge en las páginas del libro *El olvido que seremos*, pasa por párrafos que se encargan de hacer sentir y ver cómo era la vida de una familia de estrato medio en el barrio laureles de Medellín. Esta narración la hace con una carga de anécdotas divertidas, otras más grises, así como nos muestra cómo el dinero era manejado por la madre, también vemos cuál eran las pasiones de su padre, la lectura, la música clásica y cultivar rosas, todas estas cosas que lentamente van acercando esta familia a los lectores, a esa que tiene mucho de católica y de liberal, en donde los antepasados también aparecen con su historia de amor, de religión y poder económico. El autor hace una radiografía familiar y con esto nos retrata una Medellín contradictoria, moderna para la violencia y arcaica para los derechos y la democracia, quizá esa que Fernando González tanto desprecio y amó en vida.

Ser el único hijo varón en una familia tan numerosa siempre será complejo, así lo hace pensar el autor, que cargado de una fuerza de cuentero crea un marco bastante claro de su relación con cada miembro de la familia, con las monjas, tías, abuelos y claro, con su padre, el gran hombre que admirará hasta después de su muerte.

No es gratuito que el libro contenga tantas historias, anécdotas, o de qué otra forma hace sentir al lector no como un invitado sino parte de esa familia; que podría ser un ejemplo claro de muchas familias colombianas que tuvieron que sufrir y sobrevivir en esa época oscura, en donde la muerte se convirtió en el pan de todos los días. Con estas descripciones familiares, el autor lentamente va aproximando el tema de la muerte, ahí con frases “sueltas” hace reflexiones sobre el hecho de morir y va preparando el terreno para narrar la desgracia, el gran dolor que sintió a raíz de esta.

Entonces, se puede decir que después de este rico cuadro de costumbres, cuentos, anécdotas, frustraciones, recuerdos, se van creando los personajes, más bien, van tomando forma, ya se comienza a ver con más claridad cómo es la madre, cómo logra triunfar en su trabajo y a su vez sostener una casa con un esposo casi filántropo, que no sabe administrar su dinero y unas bellas e inteligentes hermanas; y entre estas páginas lentamente comienza a

surgir el protagonista, aquél médico cristiano en la religión, marxista en economía y liberal en la política (Abad, 2009:49), un hombre que luchaba contra los microbios, el dolor y el fanatismo de la violencia. Es allí en estas narraciones donde se ve la gran labor que desempeñó Héctor Abad Gómez, su trabajo social, político, sus luchas justas en contra de la desigualdad, y cómo su labor fue creando duras asperezas, que lentamente cosecharon un miedo lleno de odio.

En el proceso de lectura queda explícito que el autor no quiere hacer una obra adornada de figuras literarias ni de grandes frases filosóficas, aunque las tiene, para contar de manera pulcra y detallada por qué el asesinato de su padre fue y sigue siendo un golpe no solo a una familia unida y amorosa, sino que esta muerte golpeó a todo un país que ha visto como lentamente la sangre se vuelve olvido y esas voces son silenciadas por una absurda aprobación llena de miedo y apatía.

Como se ha dicho antes la muerte es un protagonista más en esta obra, como se puede ver en los siguientes apartados: “Y sé que mi papa se habría hecho matar sin dudarlo un instante por defenderme a mí... y también sé que hay algo que sería mucho peor que mi muerte: la muerte de un hijo mío” (Abad, 2009:12). Pero las primeras relaciones profundas frente a la muerte se dan cuando su padre lo lleva a ver un cadáver en el anfiteatro, allí en ese espacio lúgubre siente el terror al ver los cuerpos sin vida. Después de ello va a experimentar algunas pesadillas que lo atormentaran en sus noches. Un niño frágil como lo era el escritor no resistió el impacto de ver y sentir qué era eso del morir, y desde ese momento se puede leer entrelineas o encontrar un signo que marcará un camino para el lector, que seguirá marcándose con tristes y dolorosos episodios de la muerte.

Otra relación que tiene y que él cuenta en su infancia, es cuando la abuela le regala al papá el reloj de bolsillo del arzobispo muerto y cuando la secretaria de su padre tras su sonrisa cálida y acogedora un día “se pegó un tiro en el paladar y nadie supo por qué” (Abad, 2009:19), encontrando en el libro los primeros símbolos que hablan de la muerte.

Seguido a esto, se encuentra otra alusión fuerte a la muerte, esta se da cuando se narra la

enfermedad y el deceso de Martha. Allí en esos párrafos cargados de melancolía y de impotencia. Una familia rodeada de médicos especialistas ve como lentamente la enfermedad la devora.

“Su cáncer se lo habían descubierto porque en el cuello [...] tenía unas bolitas en fila, mejor dicho un rosario... Un rosario de metástasis [...], una sucesión de perlas mortales engarzadas a flor de piel. Eso se merecía esta niña feliz e inocente por los pecados cometidos por mi papá o por mí o por mi mamá o por ella o por mis abuelos y tatarabuelos o por quién sabe quién” (Abad, 2009: 160-161). Es aquí donde encontramos quizás un concepto de muerte, ésta como una venganza del más allá o de un ajuste de cuentas de Dios con la familia. Y es al mismo tiempo una muerte que trae y es en sí una ruptura que la familia como lo dice el autor, difícilmente pudo superar.

Siguiendo esta línea argumental se nota una concepción de la muerte, a medida que la lectura avanza van apareciendo más situaciones en donde la parca es la protagonista, llega como apuntará Faciolince, con una carga de tristeza y melancolía, señalando con ello a una vida, que solo transcurre para la muerte.

Todo recuerdo tiene un halo de tristeza, de muerte, algo allí en la memoria se torna gris. Abad Faciolince luego de narrar la enfermedad y todas las penurias que vivieron con la hermana y su cáncer, lanza al lector a una trama con menos anécdotas y con más hechos, en donde se encargará de explicar por qué la muerte de su hermanita es determinante para la muerte de su padre.

Esta muerte lleva al padre a cambiar su punto de vista ante la vida y, por ello mismo, a mostrar un descuido temerario con las amenazas recibidas “porque después de una gran calamidad la dimensión de los problemas sufre un proceso de achicamiento, de miniaturización pues a nadie le importa que le corten un dedo o le roben el carro si se le ha muerto un hijo” (Abad, 2009:178). Como se ve en la cita anterior, el autor va tratando de aproximar al lector a un estado de tensión por medio de algunos signos, con ello va anunciar la próxima muerte y todo lo que desencadenó ella.

Se comprende que un padre por el sufrimiento que causa la muerte busque de alguna forma evadir, y escapar de ese dolor físico y espiritual de la ausencia. Normalmente la fuga más sencilla sería adormecer el cuerpo con drogas o alcohol, pero no olvidemos qué clase de padre era este, uno tan perfecto que llegaba a ser “insoportable”. Lo anterior se puede relacionar con una anécdota que el autor cuenta cuando vivía en México, el oscuro intento de suicidio y al mismo tiempo asesinato de su padre, por la simple razón de querer separarse tajantemente del papá. La muerte se presenta como un acto heroico para lograr la “libertad”.

Volviendo a la vida cotidiana de la familia Abad Faciolince, se nota el cambio drástico por la muerte de su hija y la entrega extrema del padre a luchas que lo convertirán en una víctima más de la violencia colombiana.

Precisamente como se puede recordar, el padre sufrió un desinterés por la vida en familia, las prevenciones que tenía con algunos sectores de la sociedad desaparecieron, y se entregó de lleno a su causa “se metió en movimientos absurdos, a veces sirvió de altavoz para intereses ajenos que supieron manipularlo mediante el halago” (Abad, 2009:220). La anterior referencia hace pensar en aquel padre como un individuo normal, que como todos han caído en vanidades y errores. Se puede ver como un héroe sin espada que lucha, en este caso por los derechos y las libertades, que tiene a la sociedad como objetivo y razón suficiente para actuar en contra de la injusticia e indiferencia.

No se debe olvidar que la obra *El olvido que seremos* está afincada en la sociedad antioqueña que posee una herencia cultural de gente trabajadora, creyente, igualitaria y con sentido de pertenencia que ha sido estigmatizada por la violencia y el conflicto armado.

Alonso Salazar y Ana María Jaramillo en el libro *Las subculturas del narcotráfico* usan “categorías como “cultura de la violencia” y “cultura de la muerte”. Pero la utilización indiscriminada de estos conceptos lleva al pensamiento de que la violencia está relacionada con un sino fatal, inherente a la personalidad individual y colectiva” (1992:107) que han propiciado cada vez más una segregación de los viejos modelos sociales, culturales y

religiosos en donde la ética y la moral eran fundamentales, pero fueron desplazados por una sociedad que giraba en torno al dinero y al poder, dando cabida a pequeñas subculturas de corrupción como los traquetos y sicarios que olvidaron el valor de la vida a cambio del signo pesos.

La muerte se posicionó socialmente llegando a los más altos índices de criminalidad, reiterando que: “Ante la ausencia de una ética ciudadana, la religión se convirtió en uno de los principales medios de control social” (Salazar y Jaramillo, 1992:114). La tradición antioqueña es fiel representación del catolicismo en Colombia, del influjo de organizaciones laicas y de la sumisión de los paisas ante la religión.

Abad Faciolince enmarca este hecho cuando describe la profunda devoción católica que le fue enseñada, los rituales a los que rendían tributo al ingresar en la iglesia, el adorar estatuas, el deber moral de asistir a la eucaristía, los actos de fe que generaban al rezar el rosario diariamente o el conservar como amuleto escapularios, estampillas, camándulas, imágenes o tatuajes, entre otros, demuestran la influencia del catolicismo en una sociedad conservadora que lo vio crecer y que fue manchada por la fuerza inclemente de la violencia, como lo citan Salazar y Jaramillo al clasificar tres características fundamentales de la religiosidad en Antioquia “Una estrecha relación con lo económico; predominancia de las prácticas rituales y fetichistas asociadas de diversas maneras a lo mágico; y la disociación de lo ético y lo religioso” (Salazar y Jaramillo, 1992:114).

De esta forma nos da a entender que sus creencias los hacía ser rezanderos, devotos, fervorosos y creyentes en los santos aun cuando fuese para ofrecer sus actos criminales, ya que los sicarios entregaban su labor, concediéndole una vela a la virgen María para justificar su “mal obrar”. Igualmente se ve la forma pagana como manipulaban la religión al persignarse con un proyectil en la mano, bendiciendo cada una de las balas que tenía el arma para no fallar en su cometido de acabar con la vida de un ser humano a cambio de dinero.

El catolicismo no sentó bases morales fructíferas para formar hombres de bien, seres éticos y fieles a sus creencias que valoraran la vida y no se dejaran seducir por el dinero fácil, sino

que por el contrario se enfocaban en ella para pedir beneficios y una excelente realización de sus pensamientos malévolos, dando a lo religioso “la función de talismán, de algo que protege, pero que está totalmente distanciado de un compromiso de vida, de la adherencia a unas normas de regulación individual y social” (Salazar y Jaramillo, 1992:116).

Por consiguiente la visión de la muerte quedó estrechamente ligada a la violencia, se perdió la concepción de que los seres humanos morían de senilidad, después de haber logrado sus ideales, de dejar sus huellas en el camino de la vida debilitados por una enfermedad y acompañado por sus seres queridos en el lecho de agonía. La violencia toma poder y usa como recurso la religión para alcanzar sus objetivos. Es así como la Literatura ha abordado este tema para no olvidar la estrecha relación de la violencia y la religión; lo místico y el poder; el dinero fácil y la fe, donde hay espacio para que surjan libros como *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo. Aunque Héctor Abad por su formación intelectual no narra desde esa óptica, si es necesario tener claro dichas relaciones culturales entre las creencias religiosas y los rituales de la muerte.

Y entonces cómo llegó y cómo narra el autor la muerte de su padre, como se ha mencionado antes, éste enmarca al lector en las vivencias de una familia, hace una radiografía de la sociedad, la economía, a través de los lentes de su familia se carga de anécdotas para acercar al lector a la vida de los Abad Faciolince y cuando todo ello está listo, se lanza dolorosamente a contar, como lo haría un gran cronista, los últimos sucesos de la vida del gran médico.

“*Como se viene la muerte*” es el inicio del fin, en este capítulo ya no se van a encontrar pistas ni signos, ya es la muerte la que habla por medio de citas poéticas, referencias literarias de la literatura española, porque como lo dice el autor, “todos nos vamos a morir, el desenlace de todas las vidas es el mismo” (Abad, 2009:229) pero no por ello la muerte dejará de ser un repentino y trágico momento.

Las coplas del poeta Jorge Manrique son utilizadas por el autor no solo para mostrar su pasión por la lírica española, ni para hacer una alabanza sobre su padre, son en esencia la

muerte ideal, morir viejo y tranquilo, satisfecho de una vida bien vivida. Y también estos versos son una comparación dolorosa porque el padre no llegó a ese ideal. Pero no se debe olvidar en qué contexto histórico vivía, y por qué hoy en día es vista su muerte como algo normal para la época. Lo anterior nos indica varias cosas, lo primero es que la muerte se naturalizó en Colombia de tal manera, que los ochenta son leídos y vistos desde un lente de sangre y siempre se espera que al referirse a esa época cualquier interlocutor necesariamente tendrá que tocar la violencia del estado y de los grupos alzados en armas, por ello, se entiende con facilidad porqué los líderes políticos e intelectuales terminaron así.

Lo otro que surge luego de hacer toda una lectura retrospectiva sobre la muerte de Héctor Abad Gómez, es que hoy se puede afirmar que Colombia desde antes de los ochenta había iniciado un camino que convirtió a esta contemporaneidad en una gran fosa común, como lo afirmó uno de los antropólogos encargado de la exhumación de cadáveres en las laderas de Medellín. Entonces el poeta español no solo aparece en la obra como un recuerdo sobre el tipo de literatura que leía y recitaba el gran médico, también tiene que ver con una reflexión sobre el buen morir, el bienestar de la muerte en la vejez y junto a esto nace una inferencia dolorosa, dicho bienestar desapareció de Colombia en los ochenta, solo existía ese ideal de la vejez para algunos, los otros serían asesinados y embarcados en el otro ideal, en el del terror violento de las armas.

Ya se ha recorrido junto a *El olvido que seremos*, varios temas que se relacionan con la muerte, la injusticia y la memoria. La muerte vista desde la perspectiva del terror, de la angustia y el dolor, pero no se ha mostrado la muerte como un puente que permite cierta licencia para narrar, porque algunas cosas solo son narrables si existe el velo de la muerte. Precisamente en esta narración, se siente que esto pasa.

Algunas de las historias que allí quedaron escritas son tan íntimas que ciertos lectores sienten que no era necesario contar y que tal vez nunca serían reveladas si la muerte no hubiese abierto esa brecha oscura en el camino de la vida, pero el autor lo hace, quizá para dar más veracidad a su relato, con el fin de enriquecer las imágenes cotidianas de su familia, y con el justo objetivo de no idealizar, ni crear falsos héroes en su narración, sino de

contrastarlos en la realidad.

Hay varios temas que la muerte ha permitido que sean develados, en el primero el autor menciona la intimidad de sus padres “mi mamá y mi papá no volvieron nunca más a hacer el amor, como si ya esa dicha, también, les hubiera quedado vedada para siempre” (Abad, 2009:173), puesto que no solo perdieron una hija sino una parte de su vida.

Otro aspecto relevante está implícito en la película *La muerte en Venecia*, la cual es por así decirlo, el puente para entrar a observar a otro padre, pues nunca se tiene el tacto requerido para inmiscuirse en aspectos tan íntimos de un hombre que ha producido la admiración y el respeto de todos, especialmente de su único hijo varón que lo amaba por sobre todas las cosas del mundo. Pero, en la ya mencionada película y en el capítulo sobre los cajones de su padre, se intuye cierto tipo de verdad, que todo el tiempo el autor muestra y esconde puesto que la vida íntima siempre será un templo complejo de desvelar que merece y genera un respeto particular e inaccesible. Así como lo narra el autor: “abrir el cajón de un muerto es como hundirnos en esa cara que sólo era visible para él y que sólo él quería ver, la cara que protegía de los otros: la de su intimidad” (Abad, 2009: 226). Todo ser humano oculta cosas, no porque se tengan dos caras en la misma moneda y se actué bajo la hipocresía y las apariencias. Sino porque no le parece necesario mostrar todo lo que su existencia carga, o porque finalmente forman parte de su intimidad, aquella que no es permitida que sea violada, porque guarda los gustos o preferencias que sabe con certeza que no serán bien vistos, ni aprobados en una sociedad particular.

Pero, es con una película que el autor da más claves sobre esa otra cara de su padre: “dos veces, por ejemplo, dos veces me llevó mi papá a ver una película, Muerte en Venecia, de Luchino Visconti, ese bellissimo film basado en una novela corta Thomas Mann” (Abad, 2009: 226). Lo primero que se debe hacer para comprender dicha referencia es ir a la obra, para buscar y entender ¿cuáles son los temas tratados libremente, cuáles están implícitos en ella y de qué forma pueden relacionarse?, pues con palabras escuetas, se puede decir que como temas relevantes están la belleza, la admiración y la muerte como mediadora de las dos. Es claro que luego de acercarnos a la obra se pueden hacer algunas hipótesis sobre las

inclinaciones sexuales o la profunda admiración que tenía el padre del autor por la belleza masculina. Hipótesis que quedan en la neblina y son imposibles de afirmar y concluir puesto que el autor solo lanza dichos indicios y no los desarrolla en la obra.

Aunque las pistas continúan apareciendo en la obra relacionada con la película de Visconti.

Fuimos a verla, esa tarde, pero no la comentamos esa noche, quizá porque había algo que yo no quería a mis 17 años. Creo que un decenio más tarde, después de su muerte, y al escarbar en los cajones yo llegué a comprender bien lo que mi papá quería que yo viera cuando me llevó a repetir *Muerte en Venecia*. (Abad, 2009: 227)

Con lo anterior, el autor muestra otra cara, la que se ocultaba tras unos cajones, tras un gusto estético, y al mismo tiempo, como el arte puede mostrar o ayudar a develar esa existencia que no surge con el lenguaje hablado. Y finalmente pondrá el escritor el velo, dejará en las sombras esa posible verdad, respetando de cierta forma, esa parte oculta de su padre que fue espiada y a la que accedió después de su muerte.

Ahora solo queda para el lector, las páginas grises y dolorosas, ya quizá se ha podido reconstruir una idea de muerte, de muertes, las múltiples posibilidades que el libro lanza sobre el tema. La muerte como una separación, como un evento trágico, como un puente hacia el desgarro y la tristeza. La pregunta qué vuelve a surgir es: ¿Existe un concepto de muerte global en toda la obra?

La respuesta puede ser que sí, si solo se observa el texto por su contenido, se podría justificar desde una posición filosófica o psicológica, pero el intento de éste escrito no conduce por esos caminos. *El olvido que seremos*, no busca una justificación en el arte, solo como lo sabrá todo lector al terminar la obra, son las memorias de un gran médico. También es una gran recreación histórica de los 80 en Colombia, es una obra sensible que ataja el olvido y quizás pone pilares para saber qué debemos y qué no debemos olvidar.

Ahí está la muerte en el olvido, por ello Héctor Abad, narra, recrea a su padre, vuelve la palabra para salvar del olvido, para permanecer vivo un recuerdo que se hace efímero ante la inclemencia de la memoria.

Es posible que todo esto no sirva de nada; ninguna palabra podrá resucitarlo, la historia de su vida y de su muerte no le dará nuevo aliento a sus huesos, no va a recuperar sus carcajadas, ni su inmenso valor, ni el habla convincente y vigorosa, pero de todas formas yo necesito contarla. Sus asesinos siguen libres, cada día son más y más poderosos, y mis manos no pueden combatirlos. Solamente mis dedos, hundiendo una tecla tras otra, pueden decir la verdad y declarar la injusticia. Uso su misma arma las palabras. ¿Para qué? Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se sepa. Para alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo (Abad, 2009: 255).

Es de esta forma, haciendo uso de la literatura, se muestra a la muerte como aquella siempre llega, que causa angustia y deja al lector con un tufo de dolor y sin sabor en un país harto del derramamiento de sangre y ansioso de justicia, respeto, verdad y amor.

CAPITULO IV

LOS FRUTOS DEL NUEVO PERIODISMO

“La autobiografía es
la única forma de no-ficción
que ha tenido siempre en mayor grado
los poderes de la novela”

Tom Wolf

“El escritor tiene dos caminos que son
necesarios, que no se contradicen sino que
se complementan, que le permiten
ensimismarse y enajenarse en el texto”

Héctor Abad Faciolince

Si bien el Nuevo Periodismo no pretendió destronar a la novela tradicional, sí buscó renovar la literatura, dando un nuevo aire a la forma de escribir y narrar historias, generando un poco más de credibilidad a lo que se publicaba como literatura y en este caso especialmente a la novela periodística. El sueño americano para un periodista era obtener reconocimiento con sus reportajes y posteriormente retirarse de este gremio para dedicarse a escribir su novela, porque ésta era la cumbre que todos querían alcanzar. “La novela parecía el último de uno de aquellos fenomenales golpes de suerte”, tal como lo expresa Tom Wolfe en su libro *El Nuevo Periodismo* (1998:8).

En los años cincuenta, la novela estaba reservada para unos cuantos y los periodistas no estaban incluidos allí a menos que aspiraran a convertirse en uno de ellos “Si un periodista aspiraba al rango literario... mejor que tuviese el sentido común y el valor de abandonar la prensa popular e intentar subir a primera división” (Wolfe, 1998:8), lo cual solo se lograba con mucho esfuerzo y dedicación al escribir la novela para poder alcanzar ese peldaño tan anhelado.

De esta forma la división establecida en las prácticas narrativas entre periodismo y literatura se fue disipando, ya que antes de esta época estaban estratificadas, situando en la cúspide y máximo escalafón a los novelistas por ser “Los únicos artistas de la literatura, tenían el acceso exclusivo al alma del hombre, las emociones profundas, los misterios eternos”. En el medio estaban los hombres de letras que “No se hallaban al mismo nivel que los novelistas, cosa que sabían muy bien, pero eran los prácticos que imperaban en la navegación de la literatura de no-ficción (...)” para ubicar en el nivel más bajo a los periodistas como simples operarios de la narrativa (Wolfe, 1998:22-23).

Como perspectiva de inicio de la categoría de no ficción encontramos el nuevo periodismo, término utilizado a partir del siglo XX “en el que los componentes del mundo literario empezaban a hablar de la no-ficción como una forma literaria seria” (Wolfe, 1998:23) en el que es indispensable nombrar a Truman Capote, un estadounidense que con sus novelas *A sangre fría* y *Música para camaleones* muestra otros esquemas de la realidad que podían ser contados con la narrativa literaria, sin dejar a un lado todo ese enriquecimiento, trama y sensualidad que da inicio al nuevo periodismo literario que, posteriormente, fue abarcando al mundo entero. Éste no concebía que se tuvieran todas las formas literarias y narrativas como una paleta de colores en sus manos, tenían esta herramienta para dar forma a aquello que querían construir y sin embargo no se hacía uso de ella en la escritura. “Capote no lo llamó periodismo; muy al contrario; afirmó que había inventado un nuevo género literario, “la novela de no-ficción”. A pesar de eso, su éxito dio al Nuevo Periodismo, como pronto se le llamaría, un impulso arrollador” (Wolfe, 1998:24). Después de esto no se tomó como un movimiento, puesto que no había una real creencia en ello; solo podía entenderse como algo que había surgido y estaba latente como novedoso en sí mismo.

Latinoamérica acoge un tipo de literatura, una literatura que se hilvana con la realidad, surge un nuevo movimiento llamado el boom latinoamericano, donde sus principales representantes Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes y Julio Cortázar, con sus obras incursionaron en el tema de no ficción desafiando los cánones literarios de esa época, refractando en sus obras la situación social de cada uno de sus países.

El Nuevo Periodismo ha ido difuminando esa línea divisora que delimita o limita lo que es el periodismo y la literatura, aminorando ese escepticismo entre una y otra categoría, la ficción y la no ficción, la realidad y el imaginario, pero es difícil sesgar lo uno de lo otro, pues ambos se complementan y hacen la unión perfecta y elocuente para plasmar y describir lo real, testimonial, autobiográfico, lo fáctico o de no ficción, con las formas narrativas de estilo mágico, estructurado, imaginativo, bello y armonioso que componen la literatura. Un claro ejemplo de esta fusión se puede observar en muchos escritos de la actualidad, tales como memorias, biografía, autobiografía y testimonio que sobresalen en la literatura de hoy.

Esta relación que se formó a partir del siglo XX ha ido creciendo cada vez más, de tal forma que un periodista puede llegar a ser un escritor de novela reconocido. Teniendo siempre presente que las palabras son la fuente inagotable de creación de un escritor, en el cual la subjetividad es fundamental para que se logre una conexión con sus lectores puesto que “Los periodistas literarios se meten en su narraciones en mayor o menor grado, y admiten tener debilidades y emociones humanas. A través de sus ojos, observamos a personas normales en contextos cruciales” como lo dice Norman Sims en el prólogo de *Los periodistas literarios* (2009:14). Por tratarse de historias verdaderas y de sentimientos que salen a la luz pública el autor debe ser muy precavido en cuanto a qué y cómo va a escribir, por lo que define cuatro términos indispensables en el periodismo literario tales como son la inmersión, la estructura, la voz y la exactitud.

Parafraseando a Norman Sims, la voz en el periodismo literario la impusieron los periodistas mismos, fue la que le dio una caracterización y por ende el reconocimiento que a fuerza de lucha se han ganado. Ésta, en la narración, es un factor fundamental, puesto que le da la credibilidad que busca el autor, pero también la sensación de identidad o de espejo para que muchos de los lectores se identifiquen con las historias que leen. De esta manera la autobiografía, la biografía y las memorias han tomado tanto auge en estos tiempos, pues allí los autores comprenden y transmiten las sensaciones de las culturas lectoras.

En representación de la voz narrativa se pueden definir dos categorías de escritores, los primeros que iniciaron con este movimiento en los años 60 no se inmiscuían en el escrito,

siempre estaban paralelos o por fuera de todo lo que narraban, el otro grupo inicio sus escritos formando parte del contexto, asumiendo los hechos de la realidad como propios y refiriéndose a todos desde la perspectiva del “yo”. Esta clasificación no era tan relevante, porque lo realmente importante para contar la historia subyacía en encontrar la voz correcta, que diera el mejor sentido, estilo y comprensión a la hora de abordar el escrito.

En cuanto a la exactitud, dice Sims, es fundamental al momento de escribir no ficción, pues no habrá cabida a los datos inverosímiles, los datos falsos cierran la puerta de la historia ya que el enfoque de la no ficción son los hechos reales y comprobables. El autor debe cuidar su narración pues el inventar algo de sus personajes lo desacreditará y podría dañar su credibilidad, en la medida en que no se puede crear un personaje con tres personajes distintos porque eso es ficción, “La exactitud también puede afianzar la autoridad de la voz del escritor” (2009:26). Eso genera autoridad y ante todo veracidad frente a los lectores, sin permitir que nada de lo narrado sea puesto en tela de juicio.

Siguiendo el orden de ideas, la estructura es la encargada de enrutar la historia, permite acomodar los datos para que ésta quede narrada de la mejor forma, permitiendo que el lector pueda asimilar la información y se sienta cautivado, motivado a seguir e identificado con lo que está leyendo. En el momento de la escritura el autor ya sabe el final, por lo cual debe tener presente que debe ir hilando cada punto de manera muy natural y coherente. Esta “imparte orden, equilibrio y unidad a una obra” (Sims, 2009:24).

Basados en los términos que utiliza Sims para la creación de una novela periodística, la inmersión es un tema supremamente importante a la hora de adelantar una investigación por parte de un periodista, puesto que es allí, en el trabajo de campo, donde se llega a conocer más a fondo la realidad social, cultural, política y psicológica de los personajes, de quien o quienes van a ser protagonistas de su historia. Tal labor requiere tiempo, pues implica que durante este proceso el escritor pase tan desapercibido que el protagonista continúe naturalmente con su diario vivir y no haya actuación, puesto que si esto sucediera cambiaría el curso de la indagación, se podría caer en errores y tergiversar la historia "Descubrí que uno tiene que comprender una gran cantidad de cosas aunque sólo sea para escribir un pequeño fragmento.

Una cosa lleva a otra. Hay que meterse dentro del asunto para hacer que casen las piezas" (Sims, 2009:18). Por tanto la inmersión en los asuntos es indispensable para que haya aceptabilidad por parte del público.

Es el caso de nuestro autor, Héctor Abad Faciolince quien trabaja en el periódico *El Espectador* y además es escritor de varias novelas, incursionó en el mundo del periodismo literario con la obra *El olvido que seremos*, pues mezcla su labor periodística, investigativa y de reportaje con un estilo narrativo puro, que le ofrece la literatura para describir la realidad. La narrativa periodística atañe al autor en ambos roles que le permite unir dos términos que antes no se podían, ni se pensaba que llegaran a hacerlo, juntando en una línea difusa la ficción y la no ficción, una hibridación de términos que el periodismo literario hace posible.

Para desarrollar un análisis de la obra, debemos tener en cuenta que es difícil demarcarla o ubicarla en un género preciso, puesto que está compuesta de varios matices en los que se puede destacar la autobiografía, la memoria y el testimonio, ya que a pesar de que esta tragedia pudo ser contada como un hecho netamente periodístico, el autor logra un acercamiento literario para la narración de una parte de su vida y la de su padre.

Abad relata su autobiografía en esencia con la literatura del "yo", introduce al lector en lo más divertido, loco, oscuro, triste y secreto de su existencia. Cuenta su historia a partir de las vivencias en su niñez, sus travesuras en la juventud y su sufrimiento en la edad adulta, haciendo una refracción de la sociedad de los años ochenta en la que evidencia una crisis social a nivel político, económico y moral, debido a la pobreza, violencia, desigualdad y carencias existentes en la población colombiana especialmente de Antioquia por lo que refiere al cartel de Medellín.

Narra las inclemencias de una sociedad corrupta y malvada que solo busca su propio bienestar, sin pensar en el daño causado a los demás, sin obviar el dolor y angustia originados por el asesinato de su padre, momento crucial que lo inspira a escribir para mantener siempre vivo el recuerdo de un ser tan amado y evitar que quede en el olvido, en un país que hoy se

abastece de biografías de hombres destructivos para la sociedad, que tratan de legitimar sus actos violentos amparados en el poder de las palabras y en la belleza de la literatura.

La idea de escribir el libro nace para contrarrestar la literatura existente en ese momento, donde todos los malvados querían “justificar sus actos”, explicar sus malas acciones y los sufrimientos que causaron a raíz de sus crímenes y maldades. De esta forma, se estaba opacando la magnífica vida y obra de todos aquellos hombres buenos que trabajaron por combatir tanta corrupción, tal como lo hizo Héctor Abad Gómez. “Quedé tranquilo. Pagué la única deuda verdadera que tenía en mi vida. No podía considerarme un escritor ni una persona digna si no contaba la terrible injusticia que los paramilitares cometieron con mi padre”

Acto por el cual, este hombre cansado de lo que él llama “La Sicaresca Antioqueña” (“Entrevista Héctor Abad: el olvido que seremos en el recuerdo que somos”), decide plasmar la realidad que vivieron en el polo opuesto, el sufrimiento de las familias que perdieron a sus seres queridos por las manos bañadas de sangre que se estaban haciendo populares con sus publicaciones. Resaltando su gran labor como escritor de novelas, intentó narrar su historia desde la ficción en reiteradas ocasiones, lo cual no fue posible, puesto que el dolor y las lágrimas lo invadían porque la verdad es difícil de enmascarar, no es factible ocultar la realidad como tampoco tapar el sol con una mano. Pospuso sus intentos por muchos años, pero al fin el tiempo curó sus heridas y logró cautivarnos con su narración.

Debemos tener en cuenta que en el caso de una autobiografía el autor cuenta toda su vida, desde que nace hasta que envejece, cuando se cree que ya no sucederán más acontecimientos relevantes. Tal caso no es el de Héctor Abad, puesto que después de la muerte de su padre suceden muchos momentos importantes en su carrera profesional al recibir varios premios a raíz de la publicación de su libro, mientras que en las memorias el autor narra momentos cruciales de su vida y de su entorno a nivel social y familiar, generando una obra de tipo memorística como homenaje a Héctor Abad Gómez por la labor social que desarrolló, pero ante todo para resaltar su gran labor como padre, la cual lo marcó desde sus primeros años, lo guio durante su vida y lo acompaña aún en su ausencia.

Se observa como hace un enfoque en la vida del padre ya que Abad Faciolince omite momentos relevantes de su vida privada, como las relaciones de pareja y la complejidad que estas traen, las cuales son mencionadas someramente, para acentuar la obra en la vida y muerte del médico. Pero esta memoria no la hace solo a su progenitor, aunque es la primera condición de la obra, al tener el libro en nuestras manos y examinarlo nos preguntamos ¿Quién es la niña de la portada? Y esa duda no se quita hasta que finalmente nos damos cuenta que es su hermana Martha Cecilia, muerta a causa de un cáncer que la consumió a los dieciséis años y que dejó un gran vacío no solo en la familia sino en la pareja de padres que como es de entender nunca superaron esta pérdida.

En cuanto a la parte testimonial el autor hace uso de este género, pues no solo es testigo de los acontecimientos que sucedieron en donde se ve refractada su voz y objetividad, porque el estar presente le permite dar veracidad de los hechos. Como ya se dijo, para el periodismo es de suma importancia ser lo más fiel posible a la realidad, así lo hace cuando indaga en otros, acude a las experiencias y vivencias de quienes eran mayores y tenían más vivos los recuerdos de los momentos que compartieron junto a su padre.

Es interesante el manejo que éste le da al lenguaje oral, parte de lo literal, real y verídico para transformarlo mediante la literatura, consiguiendo plasmar tantos momentos de dolor de una forma cautivante, reflejando la cruda realidad con un estilo único y personal, para embellecer con sus palabras las heridas de su corazón y de su alma, porque como él mismo lo dice: “fue escrito con afecto pero con sangre” (Abad: 2009)

En el caso de las memorias, es de entender que cuando hacemos alusión a un tipo de memoria en particular, en este caso la de Héctor Abad Faciolince, no solo estamos mirando la subjetividad de ese individuo, sino que también miramos su contexto, el cual es recordado a lo largo de la historia. Hoy la memoria está siendo acechada por el olvido, en la medida en que las sociedades están cada vez más ávidas de información, a su vez que satisfechas con lo que se les presenta en el instante. Sin embargo en ello se percibe una fuerte resistencia, en la que la memoria se niega a desaparecer, pues siempre habrá alguien que recuerde el pasado y la memoria se hará presente. Además, toda sociedad tienen el derecho a conocer su historia, y

nada debe impedir que tal se recupere ocasionalmente, pues como bien lo dice Todorov “La vida ha sucumbido ante la muerte, pero la memoria sale victoriosa en su combate contra la nada” (2000:4). La memoria es un soporte entre el olvido y el recuerdo, aunque esta no siempre es un culto a la justicia, no obstante, se construye no solo para recordar sino también para recuperarnos de ese pasado, y poder continuar con nuestras vidas.

En este momento queremos ver desde la perspectiva y el conocimiento de otros autores los sentimientos, opiniones, deseos, motivaciones y frustraciones que este texto ha suscitado en ellos.

Para empezar tenemos en el periódico *El País* de España una columna del escritor peruano Mario Vargas Llosa, el cual describe *El olvido que seremos* como la más apasionante experiencia de lector en los últimos años y muestra su profunda admiración por el autor al cual tuvo la oportunidad de conocer para magnificar aún más la imagen y respeto que siente por él. “Es muy difícil tratar de sintetizar qué es *El olvido que seremos* sin traicionarlo, porque, como todas las obras maestras, es muchas cosas a la vez” (2009). De esta forma reiteramos lo anteriormente dicho, puesto que en el texto se ve intrínseca no solo su autobiografía sino las memorias y los testimonios que el autor puede dar referente a su vida personal, a la de su padre y a las marcas de la sociedad antioqueña.

Claramente se puede evidenciar como sagaz y dulcemente este periodista plasma sus memorias para que permanezcan siempre en los demás, para tocar fondo y mover los sentidos de sus lectores mostrando no solo su propia tragedia, sino marcando el dolor de una época, el padecimiento de los cientos de ciudadanos que fueron mecidos por este flagelo de violencia; sin embargo, toma una pluma para expresar gracias a las bondades de la literatura, haciendo uso de los mejores términos y con un lenguaje tan especial que remueve los sentimientos y nos involucra enteramente en todas sus vivencias, lo cual retoma Vargas Llosa para mostrar que, debido a la magnificencia de sus palabras, esa época, esa historia y esa realidad se ve de alguna forma desdibujada por la ficción. “Una historia verdadera que es asimismo una soberbia ficción por la manera como está escrita y construida, y uno de los más elocuentes

alegatos que se hayan escrito en nuestro tiempo y en todos los tiempos contra el terror como instrumento de la acción política”. (2009)

En este híbrido entre la ficción y la no ficción es difícil hacer esa línea divisora, por lo cual, aun sabiendo que *El olvido que seremos* es una historia real que nos relata la vida del autor, igualmente encaja en la ficción por ese valor estético del lenguaje que permite al lector crear, imaginar, prolongar y transfigurar la realidad. Este nos permite, gracias a la magia con que es contado que se vea como una bella ficción aun cuando todos sabemos que lo que allí se cuenta es cierto, la recopilación de sus memorias y los testimonios de otros que sirvieron para dar continuidad y orden a su historia real, por lo que Vargas Llosa en su columna se refiere a la forma en que está escrito el libro.

El libro es desgarrador pero no truculento, porque está escrito con una prosa que nunca se excede en la efusión del sentimiento, precisa, clara, inteligente, culta, que manipula con destreza sin fallas el ánimo del lector, ocultándole ciertos datos, distrayéndolo, a fin de excitar su curiosidad y expectativa, obligándolo de este modo a participar en la tarea creativa, mano a mano con el autor. (2009)

La experiencia del lector es un acto maravilloso puesto que permite involucrarse directamente con la obra, sus personajes, la época, la historia y la sociedad. Es de esta forma como ficcionalizamos el libro, cuando ponemos a volar nuestra imaginación en esa creación simultánea con la lectura. Si nos basamos en los personajes podemos identificar que estos corresponden a personas de la vida real, en el que cada uno tiene sus ideales, sueños, limitaciones y frustraciones. Nos encontramos con diferentes formas de pensar y de actuar, de variadas personalidades que interactúan entre sí y que son acondicionadas a una época particular, por ejemplo, si nos enfocamos en las descripciones que Héctor Abad hace de la relación que sostenía con su padre, quizás muchos piensen que es ficción, ya que en una sociedad machista y dominante que es la que rige la familia paisa, no es bien visto que haya tantas demostraciones de afecto hacia los hijos y más aún si este es un hijo varón, no permite ese acercamiento físico que incluye abrazos o besos, caricias y mimos.

Así mismo, muchos otros autores, editores y periodistas han mostrado su admiración ante el escritor y su obra, por lo cual hacen diferentes tipos de reconocimiento. Este es el caso de Liliana Martínez, la cual hace un homenaje en el Periódico El Tiempo del 4 de marzo de 2008, bajo el titular de “El fenómeno literario de Héctor Abad”, donde cita las opiniones de varios escritores de habla hispana que mencionaremos a continuación.

Para el escritor y periodista mexicano Juan Villoro *"El Olvido que seremos* expresa la fuerza paralizante de la bondad y la dificultad de estar a su altura” “Abad logró en ese libro magnífico que el dolor fuera una forma de la dignidad”. Un justo sabe que va a morir y acepta el desenlace; su hijo no venga el crimen: redime una vida. ¿Quién gana cuando pierde un hombre? En *El olvido que seremos* resuena la pregunta incontestable: "Muerte, ¿dónde está tu victoria?". (2008) Para el autor este libro es una forma de victoria, un desahogo, es tratar de guardar sus memorias, de conservar viva la imagen de su padre y la única forma de no permitir que muriera en el abandono era escribiendo, de esta forma no se perdería en las telarañas del tiempo, ni se borraría en la arena por la fuerza del viento para fracasar en las trampas del olvido, sino que lograría su objetivo: “Es un libro tan personal lo que me interesaba era escribirle una carta a la sombra de mi padre”.

Según el escritor y filósofo vasco Fernando Savater, el libro "no sólo es una obra bella y profundamente conmovedora, no sólo es una necesaria lección sobre temas hoy de moda entre nosotros como la educación cívica y la relación entre memoria personal y memoria histórica, sino también un insustituible testimonio de la lucha por la democracia, la razón ilustrada y la tolerancia en países que nos resultan tan próximos y queridos"(2008). Cabe resaltar que la obra recrea no solo el diario vivir de una familia y las carencias de una ciudad sino la memoria colectiva de todo un país azotado por la injusticia y la desigualdad.

Para el escritor canario Juan Cruz el sentimiento autobiográfico de Héctor Abad "paraliza en ocasiones" y alcanza "los niveles de la confesión y de la poesía junto con una rapidez literaria que le da enorme altura" por cuanto "jamás cae en la autocomplacencia del dolor". Donde se permite "incluso el buen humor que debió haber en su familia aun en los tiempos oscuros". Y confiesa, tajante: "Este libro me golpeó muy fuerte". (2008) En este caso el autor

muestra el carácter autobiográfico relevante y determinante en el libro gracias a las anécdotas de momentos felices y trágicos que vivió en su familia.

Entre otros comentarios respecto al libro, se encontraron el de Manuel Rivas, quien dice: *El Olvido que seremos* “me mantuvo en vigilia toda la noche. Habría que hacer un canon de los libros que no te dejan dormir [...] no solo es un relato de crímenes impunes. Es un libro con la boca inolvidable de la gran literatura que ha sobrevivido a la extinción de las palabras” (2007), Rosa Motero: es “un libro hermoso y conmovedor” (2007) y Augusto Escobar “es un texto con un lenguaje peculiar, distintivo, construido consciente y no-conscientemente” (2011)

ANEXO

CAPÍTULO PEDAGÓGICO

Teniendo en cuenta que nuestro trabajo de grado fue realizado en torno a la obra *El olvido que seremos* del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince, se pretende llevar esta obra literaria a las aulas, donde será leída y analizada por los estudiantes. En esa medida, se busca un acercamiento a la lectura, en primera instancia, de incitar y apasionar a los estudiantes a entrar en este mundo mágico y generar un hábito que no se encuentra en los jóvenes, quienes leen por obligación y no por convicción. De la misma manera se pretende introducirlos en el estilo y forma narrativa del autor, la cual forma parte de la escritura colombiana, a su vez que de la Literatura Latinoamericana contemporánea.

Con lo dicho, además de realizar un acercamiento a la obra de un autor en particular, se establecerá una relación directa con los parámetros estilísticos de este tipo de escritura, para: “Identificar los recursos del lenguaje empleados por el autor” y “Determinar en las obras literarias latinoamericanas, elementos textuales que dan cuenta de sus características estéticas, históricas y sociológicas, cuando sea pertinente” como lo establecen los *Estándares básicos de competencias del lenguaje* (2008:38). Con la cita anterior se evidencia la posibilidad de poner en escena esta obra de Faciolince que sería de gran uso, una pieza clave de la educación media en el desarrollo, análisis e interpretación de textos que referencien la realidad, que dan cuenta de una época determinada para la humanidad.

Dado que en ella se recrean hechos históricos no solo de una ciudad, sino de una nación entera es relevante en la medida en que da a conocer a los jóvenes lo que los constituye como seres históricos, inmersos en un contexto social concreto y nada mejor para esto que hacerlo a través de la Literatura, el Arte y las Letras colombianas, caracterizando “los principales momentos de la literatura latinoamericana, atendiendo a particularidades temporales, geográficas, de género, de autor, etc. (2008:38)

Ahora bien, la lectura del libro se establecerá como una actividad para los grados octavo y noveno, a través de la cual se busca armonizar la postura del lector frente al texto y su conocimiento frente a otros temas similares en su contexto. Teniendo en cuenta la influencia sociocultural y los factores personales de los estudiantes. Con lo que se podrá propiciar en el aula un ambiente de debate y reflexión, permitiendo que el estudiante se interese por la situación de su país, y así aportar un grano de arena a la formación de ciudadanos ejemplares y listos para asumir las problemáticas de una sociedad turbulenta, solitaria y que olvida fácilmente lo que ha ocurrido en el país. Además permite evidenciar las congojas de cada ser humano, los conflictos que subyacen en cada familia particularmente para generalizarlo a nivel regional en los estigmas y censuras de un país.

Se considera pues que la mejor forma de adentrarnos en el esquema de la lectura planteada –y con el fin de esta sea más agradable y amena– es iniciar leyendo en voz alta los primeros párrafos del libro en las clases. Así el ejercicio se hace práctico y más llevadera la lectura gracias a la cooperación de los estudiantes, quienes posteriormente interactúan para dar sus aportes, comentarios y reflexiones entre el grupo, puesto que el objetivo principal de esta actividad es que los estudiantes obtengan una completa capacidad interpretativa. Por lo cual se propondrán unos objetivos e indicadores de logros para la puesta en práctica de tal ejercicio, ajustados siempre a los parámetros establecidos en los estándares.

Objetivos

- Acercar a los estudiantes a la literatura Colombiana, por medio de la obra literaria *El olvido que seremos* del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince, observando las características de su estilo narrativo.
- Preparar a los estudiantes para que analicen y debatan el texto desde el contexto cultural, social, político y económico de la obra haciendo un paralelo con la actualidad, para ver sus opiniones y sugerencias ante la violencia y el conflicto armado.

Indicadores de logros

- Leer con sentido crítico la obra literaria del escritor colombiano Héctor Abad Faciolince para reconocer y valorar su estilo.
- Identificar los recursos del lenguaje empleados por autores latinoamericanos de diferentes épocas y compararlos con los empleados por autores de otros contextos temporales y espaciales, cuando sea pertinente.
- Construir paralelos entre la obra y el contexto actual, determinando semejanzas y diferencias entre épocas.

Al inicio de la clase el profesor deberá realizar una introducción acerca de la vida y obra del autor, para así promover el entusiasmo e incitar la búsqueda de más obras literarias que desarrollen las problemáticas allí planteadas. Así mismo el docente se apoyará en videos y/o grabaciones que abarcan temas como el de la violencia de los años ochenta, específicamente en la ciudad de Medellín. Posteriormente se podrá concluir en el debate de opiniones bajo la argumentación que la obra *El olvido que seremos* proporciona a los jóvenes una perspectiva concreta de lo que fueron los años ochenta en el país y cómo se relaciona directamente con la actualidad.

CONCLUSIONES

Con la realización de este trabajo de grado podemos concluir que los conceptos de ficción y no ficción son difíciles de desligar pero sí se pueden rastrear desde diferentes tópicos; por ello pudimos analizar la no ficción desde la realidad descrita por Héctor Abad Faciolince, puesto que en la obra *El olvido que seremos* da claros indicios de que estos hechos no hacen parte de su imaginación sino que son momentos verídicos y comprobables que conformaron su pasado.

Por ello, tratamos de recopilar los acontecimientos más importantes que vivió Colombia en la década de los ochenta, por la lucha de poder entre los grupos paramilitares y el narcotráfico en la Nación, especialmente en la ciudad de Medellín, lugar de origen del autor. La muerte rondaba en todo momento a los colombianos como lo reflejan los medios de comunicación de la época, una oleada de violencia que no fue ajena para la familia Abad Faciolince. El asesinato del profesor Héctor Abad Gómez el 25 de agosto de 1987 fue uno de esos actos que reprochó todo el país en unísono y el detonante para que su hijo plasmara la realidad en ese libro.

De esta forma un escritor de novelas incursiona en el género del Periodismo y empieza a escribir una obra de no ficción mediante el ahogo que sentía su alma tras la muerte de su padre.

El Nuevo Periodismo tuvo gran influjo en la escritura y sus aportes generaron un movimiento significativo a nivel mundial, proporcionando características esenciales para la Literatura de no ficción dentro de las que se encuentran la inmersión, la estructura, la voz y la exactitud, con las que el autor genera credibilidad e identidad en su escritura, de las cuales Faciolince se nutrió para hacer tangible su realidad. Estos conceptos han revolucionado la forma de narrar. De esta manera la autobiografía, la biografía y las memorias han tomado tanto auge en estos tiempos, pues allí los autores comprenden y transmiten las sensaciones de las culturas lectoras.

Para nosotras la obra tiene un poco de todas las formas narrativas propias de la no ficción, pero no se puede clasificar dentro de un género en particular, puesto que en ella se encuentran rasgos que la caracterizan como autobiografía, otros que indudablemente la convierten en memoria, algunos significativos que forman parte del testimonio y otros que la definen dentro de la novela.

La autobiografía es representativa en sus vivencias de niño, en sus recuerdos, sus experiencias, sus sueños y sus miedos, los cuales toman fuerza cuando acude no solo a su memoria sino a la de los otros para narrar temas trascendentales de su vida cotidiana. El testimonio se hace presente en la obra cuando se refractan las voces a las que el autor acude cuando es necesario recoger datos, contar con los recuerdos de otras personas, en este caso de su madre, hermanas y amigos quienes le proveen datos particulares y necesarios para poder contar lo sucedido sin caer en errores o en falsedades, marcando el profesionalismo de este escritor al hacer un buen uso de las herramientas que le ofrece el Nuevo Periodismo. Así mismo es representativo el carácter de memoria al hacer honor a la vida de su padre, intentando que no se pierda en el olvido cada momento a su lado, al igual que las acciones de este médico que luchó por el bienestar de los demás.

Los conceptos de ficción y no ficción van cogidos de la mano, los escritores contemporáneos han tomado estos recursos y los han vuelto propios, ya que se les ofrece combinar y recrear la vida real con la riqueza del lenguaje. El autor no ficcionaliza la realidad por el contrario la resalta y toma de ella para embellecer su obra.

La ficción está implícita en la obra *El olvido que seremos* y la podemos rastrear desde el estilo narrativo del autor el cual es sencillo pero cargado de sentimientos y emociones para plasmar la realidad, utilizando recursos literarios, metafóricos y poéticos sin caer en excesos, sin reforzar ni saturar su escritura, solo armonizándola para conseguir sensibilizar al lector.

Para ello hace uso de la intertextualidad, incluyendo obras como *La muerte en Venecia* para mostrar detalles relevantes que prefiere dejar en un cajón bajo llave.

Así mismo, consigue comparar el dolor que causa la muerte desde varias perspectivas, por una parte, con el deceso de Martha describe la soledad que deja un ser querido por una terrible enfermedad aun siendo una mujer joven y llena de sueños. Por otro lado, demarca la impotencia y angustia ante el fin de la vida a causa de la violencia porque aunque su padre superaba los 60 años, era un hombre que tenía mucho que ofrecer a la sociedad y a su familia. Ante estas circunstancias no hace uso del drama para recrear la historia, sino que es vehemente y sobrio en su escritura.

Héctor Abad Faciolince nos demuestra su gran capacidad narrativa para “ficcionalizar” la realidad gracias a su estilo, permitiendo entender que la ficción no es una mentira ni el producto de la imaginación que desmiente la verdad sino que por medio del lenguaje consigue afianzar la realidad, revelar sus sueños y plasmar sus angustias en situaciones cruciales de su vida

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, Héctor. (2009). *El olvido que seremos*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Aranguren, Mauricio. (2002). *Mi confesión Carlos Castaño revela sus secretos*. Bogotá. Editorial Oveja Negra.
- Guillén, Carlos. (2002). *Poder capitalista y violencia política en Colombia* (prólogo). Bogotá: Editorial Upj.
- Mann, Tomas. (1971). *La muerte en Venecia*. Editorial Hispanoamericana.
- Melo, Jorge. (1991). *Gran Enciclopedia de Colombia, segundo tomo temático de historia, Desde la Nueva Granada hasta la Constituyente 1991*, Colombia: Editorial Círculo de Lectores.
- Melo, Jorge. (1992). *Predecir el pasado: Ensayos de historia de Colombia*. Santa Fe de Bogotá. Fundación Simón y Lola Guberek Colección Historia nº 4.
- Ocampo, Javier. (1993). *Otto Morales Benítez: sus ideas y la crisis nacional*. Santa Fe de Bogotá: Editorial Grijalbo S.A
- Palacios, Marco. (2012). *Violencia pública en Colombia, 1958 – 2010*. Fondo de cultura económica.
- Saer, Juan José. (1999). *El concepto de ficción*. Colección autores Latinoamericanos. México: Editorial Planeta.
- Salazar, Alonso y Jaramillo, Ana María. (1992). *Las subculturas del narcotráfico*. Bogotá: Editorial Cinep.

Salazar, Alonso. (2001). *La parábola de Pablo: Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*. Colombia: Editorial planeta.

Sims, Norman. (2009). (Prólogo) *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Colombia. Editorial Aguilar.

Wolfe, Tom (1998) *El nuevo Periodismo*. Traducción de José Luis Guarner. Editorial Anagrama.

REFERENCIAS DE PERIÓDICOS Y REVISTAS

Martínez, Tomas Eloy (diciembre 2002- enero- febrero 2003) *Entre la realidad y la ficción*, Revista Número. Edición 35 p. 14.

Asesinados Héctor Abad Gómez y dos profesores más. (1987, Agosto 26). *Periódico El Tiempo* N° 26.650 pp. A1, A2.

Paro nacional de los maestros. (1987, Agosto 26). *Periódico El Tiempo* N° 26.650 p. A2.

Asesinado presidente de Asociación de Docentes. (1987, Agosto 26). *Periódico El Tiempo* N° 26.650 p. A2.

Propone la UP: acuerdo político contra la violencia. (1987, Agosto 26). *Periódico El Tiempo* N° 26.650 p. A8.

Crímenes horripilantes. (1987, Agosto 27). *Periódico El Tiempo* N° 26.651 p. A2

“¿Quién sigue ahora?”. (1987, Agosto 27). *Periódico El Tiempo* N° 26.651 p. A4

Derecho y Humano. Héctor Abad Gómez un hombre que dedicó su vida a defender la de los demás. (1987, Septiembre 1). *Revista Semana* p. 30-31

Martínez, Tomas Eloy. (1997, Octubre). *Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI*. Conferencia pronunciada ante la asamblea de la SIP el 26 de octubre de 1997, en Guadalajara, México.

WEBGRAFIA

Escobar, Augusto. (2011). *Lectura sociocrítica de El olvido que seremos: de la culpa moral a la ética*. Estudios de Literatura colombiana N° 29. Julio - diciembre 2011.
<http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/elc/article/view/12916>

Guzmán, Vicente, (2008) “Las frases de Garzón”.
<http://notasencajon.blogspot.com.co/2012/08/las-frases-de-garzon.html>

Martínez, L (2008, Marzo 4), El fenómeno literario de Héctor Abad, *El Tiempo*.
<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2849939>

El falso mito fundacional de las autodefensas de los Castaño. (2014, Octubre 19)
<http://www.verdadabierta.com/victimas-seccion/reconstruyendo/5473-el-falso-mito-fundacional-de-las-autodefensas-de-los-castano>

Si se pagó rescate por Martha Nieves Ochoa. (1991, Septiembre 24). AFP-Reuter-AP.
Periódico El Tiempo. <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-159613>

Héctor Abad: el olvido que seremos en el recuerdo que somos. (2011, Enero 31). Entrevista.
<https://www.youtube.com/watch?v=zNhUmmwk7jo>

Estándares básicos de competencias de lenguaje (2008).

http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-116042_archivo_pdf1.pdf

Torodov, Tzvetan. *La memoria amenazada*.

<http://www.felsemiotica.org/site/wp-content/uploads/2014/10/Todorov-Tzvetan-La-memoria-amenazada.pdf>

Vargas, Mario. (2009). *La amistad y los libros*. Periódico El País de España.

http://elpais.com/diario/2010/02/07/opinion/1265497213_850215.html